SABATO MORAL

En 1971 se publicó en Buenos Aires un pequeño libro de Sábato, *Claves políticas,* que contiene diversos testimonios y documentos sobre el peronismo, el Chile de Allende, los organismos parapoliciales, el compromiso del escritor, etc. El primero y más largo texto de esa publicación se llama «Confrontaciones con la nueva generación» y es, en efecto, una conversación, sobre ése y otros temas, mantenida entre Sábato y, esporádicamente, Matilde, su mujer, con el paraguayo Lincoln Silva y los argentinos Liliana Heker, Amílcar Romero, Isidoro Blainstein, Bernardo Jobson y Abelardo Castillo, todos ellos del grupo de la revista *El Escarabajo de Oro.* En un lugar de la transcripción de esa conversación, página 41 del libro, leo estas líneas: «Mirá, Matilde, yo no me voy a poner a explicarte a vos también que... Cada vez que he creído necesario comprometerme, me he comprometido. Vos lo sabés bien. Y ellos también lo saben. *(Hay interrupciones, alguien dice "pero nosotros no somos todo el mundo". Sábato se va exasperando.)* Y, felizmente, lo tengo todo documentado. Desde ofrecerme como voluntario para contribuir en algo contra el nazismo (todavía tengo la carta de la Embajada, que aquí pueden ver), hasta intervenir cuando se lo iba a fusilar a Hugo Blanco en Perú, mientras sociólogos marxistas se negaban elegantemente, y eso lo saben ustedes porque *El Escarabajo* lo publicó; desde denunciar el caso Eichmann, hasta repudiar la amenaza norteamericana de invasión a Cuba; desde abandonar a mi familia o quedar en la calle o perder mis cátedras por denunciar la muerte de aquel muchacho Blainstein... *(En este momento sucede algo que nadie había previsto. Sábato, que ha estado hablando casi a gritos, de pronto se interrumpe. Isidoro Blainstein acaba de decir:* "Era mi hermano." *Se hace un silencio impresionante.)*»

* * *

De la misma conversación, páginas 50-51; «En 1929 me vinculé con los anarquistas de La Plata. A partir de 1930 participé como dirigente en las luchas estudiantiles contra la dictadura de Uriburu. Fue enton-

ces que llegué al marxismo y entré al movimiento comunista. Durante varios años de lucha, en que abandoné familia y estudios, fui dirigente del movimiento juvenil comunista y del movimiento estudiantil *Insurrexit.* Sufrí numerosas persecuciones y estuve fuera del país en dos oportunidades. En 1934 participé, como delegado argentino, en un Congreso por la paz, en Bruselas. Y allí comenzó mi alejamiento del movimiento comunista, por discrepancias políticas y filosóficas, pero sobre todo por mi posición contra la dictadura stalinista: fue el momento en que habían comenzado los procesos de Moscú. Políticamente, me empecé a alejar del comunismo como consecuencia de las atrocidades stalinistas, y filosóficamente, aunque conservando un gran respeto por Marx y una fuerte marca de su pensamiento, fui acercándome cada vez más hacia el personalismo de Mounier y hacia una síntesis de marxismo con existencialismo. El que quiera conocer bien este proceso lo puede leer en *Hombres y engranajes.* Esta evolución política y filosófica no me impidió, sin embargo, declarar en cada ocasión mi solidaridad con los pueblos oprimidos y con las clases populares, así como mi sistemático repudio al racismo hitlerista y a sus monstruosos crímenes. Los diarios de nuestro país y del continente registran cada una de esas actitudes y me parece inútil certificarlas, yo mismo, una vez más, como si debiera rendir examen ante un jurado olvidadizo o de mala fe, y para colmo constituido por escritores de tercer orden. Pero desde las torturas a obreros comunistas y peronistas hasta la guerra en Viet-Nam, desde el suplicio y asesinato de Vallese hasta la muerte de los estudiantes Cabral y Bello, desde mi declaración en favor de los guerrilleros de Salta hasta mi protesta por la condena del guerrillero Hugo Blanco, desde mis declaraciones contra la invasión a Santo Domingo hasta mi defensa de la revolución cubana en cada momento de peligro, desde mis protestas por la quema de libros en nuestra aduana hasta las que hice por la invasión a la Universidad, no ha habido un solo acontecimiento decisivo que no haya contado con mi compromiso. No creo demasiado pretencioso de mi parte decir que si actitudes de esta naturaleza pueden ser calificadas de ambiguas y de centristas, cuando no de estar al servicio de intereses oligárquicos, hay que cambiar el lenguaje entero» (1).

* * *

En el número *cero* de un folleto publicitario llamado *Libros. Boletín Informativo Bruguera* y publicado en Barcelona con fecha de febrero-marzo de 1981, se publica una entrevista con Gabriel García Márquez.

(1) Ernesto Sábato: *Claves políticas.* Rodolfo Alonso Editor. Buenos Aires, 1971.

De ese reportaje, y para la reflexión, y a la vez el regocijo, la tristeza y la indignación del lector (así lo espero), cito una pregunta y una respuesta. Pregunta —y afirma— el periodista: «Existiendo casos como Borges, Sábato, etc., ¿crees que se puede ser un buen escritor siendo de derechas, siendo reaccionario?» Responde García Márquez: «Si un escritor es bueno, no es reaccionario. Borges será un reaccionario como hombre, pero como escritor está jodido porque la propia grandeza de su obra contribuye al progreso de la humanidad». Tras leer varias veces esos prontos, inocentemente y al sesgo, al trasluz y entre líneas, no alcanzo a calcular si la pregunta es más frívola que la respuesta, o la respuesta más irresponsable que la pregunta. Esta da por sentado que Sábato es un escritor reaccionario. Y la respuesta del gran cuentista de Colombia parece que también. «Parece», porque ni siquiera menciona al reaccionario, y uno no sabrá nunca si por olvido, por desdén o por no comprometerse opinando. En todo caso, Gabriel García Márquez no defiende a Sábato de esa acusación (y ni siquiera parece considerarlo un escritor valioso, de esos que contribuyen «al progreso de la humanidad»). Y en todo caso, ninguno de los dos se molesta en aclararnos por qué Sábato es reaccionario, y de derechas, y puede que mal escritor. Esta ceremonia de premura, de acusación y de silencio quizá estimula en el lector un poco de tristeza si se mide la distancia entre tan sucinta palabrería y un hombre digno; algo de indignación, también, si el lector recuerda qué escritor se rebela contra las injusticias allí donde éstas se produzcan y qué escritor elige denunciar unas cuantas mientras silencia otras, o colabora en ellas; y algo de regocijo porque, a estas alturas, establecer o insinuar que Sábato es mal escritor, o que meramente no existe, resulta, cuando menos, un amontonamiento. Nada sé del autor de ese reportaje, y desconozco si tiene por costumbre amontonar, y de igual modo ignoro si gusta de los libros de Borges y de Sábato, o si los amontona en su *gulag* de autores reaccionarios. Tampoco sé si García Márquez tiene por reaccionario a Sábato —si es que lo tiene por escritor, pues, a este respecto, tampoco se pronuncia—, aunque no ignoro que admira puntualmente a Borges. Cuando yo era uno de sus amigos (es decir, antes de que el gran fabulador pasase a ser también esa especie de ministro plenipotenciario de uno de los dos bloques que parecen querer arrodillar o exterminar a este planeta, con todos su habitantes puestos), para mostrarme la ecuanimidad de sus admiraciones literarias, García Márquez me hizo ver cómo en su mesita de noche había dos libros de Borges, y me confió que siempre algún libro de Borges ocupaba ese lugar cercano. Recuerdo aquel instante con afecto, con verdadero afecto, y lo refiero para mostrar una hermosa imagen de independencia intelectual en este

maestro del relato que a menudo parece sustituir a la independencia por la obediencia. Lástima que en el reportaje a que aludo el ínclito fabulador se haya dignado omitir llamarle la atención al preguntante. O tal vez él también considera que Sábato es un reaccionario. Hay una cierta moda en esto, al menos en cierta variedad de opinadores. Esa moda parcial, a veces nos induce a reflexionar (las páginas siguientes serán mi reflexión). A veces nos encoleriza (2).

* * *

Una noche, un periodista iberoamericano consiguió llegar a mi cólera. Tomó en sus manos la figura moral de Sábato y a manera de jíbaro pretendió disminuirla para arrojarla luego contra el suelo y pisarla. No usó argumentos, matizaciones, reflexiones (concedo que no los tenía), sino autoritarismos, excomuniones, maniqueísmos e insultos. Incluso le mentó a la madre. Este lengualarga vivía en España, exiliado de una dictadura iberoamericana, Le grité, sentí asco. Eran ya tiempos de la dictadura de Videla; Sábato era, de vez en vez, amenazado por la Triple A, allá, en su Buenos Aires, mientras que su fiscal había resuelto, muy juiciosamente, alejarse de los peligros de su patria y residir en una tierra en donde existen libertades «burguesas» (ellos le ponen siempre unas comillas a esa expresión, aunque jamás proponen otro tipo de libertades más auténticas), en vez de residir en alguno de los países en donde no son toleradas tales intolerables libertades burguesas (ni ninguna otra variedad de libertades, excepto la de obedecer, propagar y repetir las consignas que verticalmente distribuyen los comités centrales). No pondré aquí su nombre; para qué. Sólo diré que de aquella escena hay testigos. Se produjo en la casa del argentino Héctor Tizón. Hoy la recuerdo y, telegráficamente, la incluyo en estas fichas para iniciar un comentario sobre una cuestión

(2) A veces, se encoleriza el propio Sábato: «... también el señor García Márquez me acusó —lo pude leer en México—. Este señor que pone el grito en el cielo por los desaparecidos de la Argentina, pero no dice una palabra por los desaparecidos de la Unión Soviética. ¿Cuál es la autoridad moral de ese señor, cualesquiera que sean sus méritos literarios? Es una infamia de mal gusto. Ahora, decir que en el comienzo yo tuve vacilaciones respecto a la dictadura por el solo hecho de —y ahí están los documentos— haber acudido ante Videla para protestar por la desaparición de Antonio Dibenedetto, entre otros tantos desaparecidos, y para denunciar la caza de brujas, es una infamia. Lo que significa tener coraje y, perdón, cojones, por haber acudido a esa entrevista para denunciar el terror, no creo que sea un acto de colaboración. Solamente un infame, malparido, puede decir esto. Si usted viene a Buenos Aires un día y le pregunta al hombre de la calle cuál ha sido mi actitud todos estos años, le dirá cómo en cada momento, a cada hora, he denunciado el terror, las desapariciones, etcétera. Es muy fácil, desde un sillón de París, como escritor que se titula exiliado, denunciar a los demás y poner en duda su talante democrático». Ignoro cuál sería la acusación de García Márquez que motivó el estallido de Sábato, dónde se publicó y en qué términos se produjo. En cuanto a estas frases de Sábato que he transcrito, pertenecen a una entrevista con Ander Landáburu, titulada «La dictadura, condenada», y publicada en *Cambio 16,* núm. 550, Madrid, 14 de junio de 1982.

delicada: los exiliados y los no exiliados. Es delicada la cuestión, sobre todo en un contexto de erizamientos, mala conciencia, insultos, y desventuras diferentes (pero desventuradas), porque se corre el peligro de tomar partido demasiado tajantemente, es decir, de petrificar en el maniqueísmo la esencial diversidad de los hechos complejos, y, sobre todo, de descalificar a una entre dos formas de la desventura. No quisiera hacer eso. Mi país ha producido, a lo largo de siglos, y sobre todo en el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, tan caudalosa cantidad de exiliados, y muchos de ellos tan emocionantes y generosos, tan preocupados por su España y por los otros exiliados del interior, que decir contra ellos una sola palabra sería una desvergüenza. Y lo mismo sucede con muchísimos exiliados hispanoamericanos. No quisiera por nada del mundo correr el riesgo de agredir a tantos seres desdichados que arrastran su desgracia y su nostalgia fuera del lugar de sus proyectos y sus muertos. Quienes me conocen saben que, por el contrario, los exiliados de Hispanomérica siempre han contado con mi solidaridad, que he escrito muchas veces en su defensa y en su ayuda, y muy particularmente respecto de los argentinos y contra las más o menos xenófobas actitudes suscitadas contra ellos aquí, en España. Pero sucede que en el infierno psicológico de muchos exiliados se producen a veces ciertos niveles de exasperación que se convierten en formas de injusticia contra aquellos que sufren de otro modo, en sus propios países, los arañazos de la Historia. Yo intuyo que desde el exilio es pavorosamente fácil medir con cierta usura el dolor y la valentía de aquellos que no se exiliaron. Pero cuando eso se produce, se produce una injusticia, y también hay que denunciarla. Recientemente, unas frases poco acertadas de Cortázar señalando un supuesto genocicio cultural en los países americanos que sufren gobiernos tiránicos han molestado, creo que con sobrada razón, a cuantos intelectuales y artistas permanecen en sus incómodos países. Sábato salió al paso de esas frases: «Si por genocidio cultural se entiende la muerte física y espiritual de los creadores, debo decir que en Argentina no se da este fenómeno. Lamento que un magnífico escritor como Cortázar califique con tanta ligereza a los escritores que vivimos y sufrimos allí y que además, como es mi caso, hemos luchado públicamente durante estos cinco años tenebrosos contra la dictadura militar, con riesgo de perder la vida. Lo lamento doblemente porque Cortázar no es un emigrado político. Hace treinta años que reside en París, donde fue por motivos ajenos a cualquier sistema político» (3). Como se ve, el exilio es una situación de injusticia que puede, desdichadamente, generar injusticias. Cortázar era injusto al exterminar de un plumazo, con la palabra geno-

(3) En *El País*, Madrid, 10 de octubre de 1981.

cidio, la creación y el coraje en el interior de Argentina, y Sábato es a su vez injusto con Cortázar: es cierto que éste se trasladó de país de residencia por causas personales que nada tenían que ver con la política (a menos que el peronismo, creo que poco querido por entonces para Cortázar, influyera en su decisión de emigrar, y ruego que esta indicación no sea tomada más que como una hipótesis), pero es cierto también que hoy Cortázar sí es un exiliado político, en la medida en que su residencia en Buenos Aires es prácticamente impensable, o en todo caso sería muy arriesgada. Sobre este tema enrarecido del «genocidio cultural» se ha producido recientemente una polémica, íntegramente publicada en *El Ornitorrinco*, revista literaria que se publica en Buenos Aires, en la que han discutido Liliana Heker y Julio Cortázar, y en la que han sido escritas frases muy duras, muy lamentables, muy amargas, y que quizá exigían ser dichas. Lo más triste de esa polémica —que aquí no puedo ni resumir siquiera— es que Cortázar y Liliana Heker, que siempre se tuvieron mutuo respeto y mutua admiración, han acabado como el rosario de la aurora, como si fueran enemigos, y que quizá no vuelvan jamás a ser amigos. Pero, repito, tal vez sea necesario explicitar estas tensiones: quizá mediante ello todos mostramos, y vemos, nuestras mutuas neurosis del exilio, exterior o interior, y aprendemos así a medir las palabras y a la vez a medir los derechos que a cada cual le asisten. Lo malo es que a menudo la neurosis del exilio se eriza, se hace enceguecedora y arbitraria (juro que ahora no aludo a nadie en particular, sino que tan sólo señalo una de las desdichas de los hijos de países con gobiernos tiránicos), y de pronto un exiliado puede sentir la tentación, quizá para justificarse por una culpa de que nadie le acusa, de establecer que toda persona pública que no elige el exilio se ha vuelto muda, colaboracionista o cobarde. Esto (aparte de un desprecio por el miedo que es no ya sólo poco compasivo sino también poco digno de un intelectual: hay en ello un machismo muy poco reflexivo y sumamente cómodo), referido a casos concretos es a veces una insoportable injusticia. Y esta injusticia, como vamos viendo, se comete a menudo contra Sábato, que es, como sabe casi todo argentino (y otros muchos lectores de otros muchos lugares del mundo), uno de los hombres más puntualmente dignos y valientes que ha dado el esforzado, maravilloso oficio de escribir. Y entonces sí: entonces corresponde, sin que en ningún caso disminuya en nosotros el respeto y la solidaridad a la desdicha y al trabajo del exiliado, hacer una matización. Es ésta: muchos de aquellos que se quedan dentro no sólo no son ni indignos ni cobardes, sino que ejercen todo lo contrario, la valentía y la dignidad. Y es preciso decir también que, cuando eso sucede, el que se queda sufre la crueldad de la Historia de un modo más

cotidiano y más impetuoso que el exiliado residente en el exterior. Sufren su sistema neurovegetativo, su sistema nervioso, su hígado, su estómago, sus arterias, su corazón. Se sufre por el ruido de un coche, el sonido de un ascensor, el rumor —verdadero o falso— que atraviesa las calles con un hacha, la llegada macabra de ciertas sombras de la noche, la vergüenza de poner sordina a la voz o cambiar de conversación en la tertulia del café, el timbre sospechoso del teléfono al que, antes de descolgar, se mira unos instantes como a un animal enemigo. Y se sufre también en la contemplación de las mentiras de la Prensa, en el bochornoso espectáculo de los manipulados noticiarios de televisión. Y se sufre la indecible vergüenza de la presencia omnipotente y nauseabunda de los gobernantes que no han sido elegidos por el conjunto de los ciudadanos, y que despliegan su arrogancia amenazadora precisamente para enfermar al disidente mediante la vergüenza y la rabia. Del disidente, incluso su silencio es admirable. Su protesta, más que admirable: emocionante. Y ello, porque se produce en un contexto ilimitadamente más arriesgado que el exilio. Por eso es necesario valorar de muy distinto modo la disidencia interior que la disidencia exterior. Medir ambas con el mismo rasero es simplemente una injusticia. Usemos un símil taurino: el disidente externo sigue la lidia desde la barrera; tal vez opina, descubre incluso, que el lidiador no está sacando al toro la faena que contiene, tal vez se enoja porque al maestro se le sube el miedo a la cara y eso le lleva a no redondear la faena (y recordemos que a menudo, cuando el lidiador deja su trabajo incompleto, se lo lleva «la autoridad» al cuartelillo), tal vez el lidiador no componga, en todo momento, la figura arrogante (a estas alturas, el símil ya no sirve para Sábato, que es un torero que siempre cita de frente, adelantando el muslo y la muleta plena); tal vez el otro diestro que permanece en la barrera o en algún burladero sabe o cree saber que llevaría adelante esa faena con más arte y más emoción que el que ahora lidia allí, en la arena. Todo eso está muy bien y puede que sea cierto. Pero cuando lo sea. Por el momento, lo más cierto de todo es que el exiliado del interior del ruedo es quien oye el tumultuoso resoplido del toro y quien nota la cuerna pasando como un cuchillo junto a sus pectorales o cerca de su vientre, una vez y otra vez (¿cuántas veces han amenazado de muerte a Ernesto Sábato?). Repito que es imposible no sentir respeto por tantos exiliados como fabrican las antidemocracias (incluidos sobre todo los exiliados que no se pueden exiliar hacia afuera; por ejemplo, los presos en sus miedos o en las cárceles tras los ya sucesivos y abundantes «muros de la vergüenza»), pero es necesario decir, con dolor pero con claridad, que cuando un exiliado no respeta el dolor y el coraje del otro exilio, el cotidiano y

sumamente más incómodo, entonces, inexorablemente, el exiliado geográfico comienza a ser un poco menos respetable. En el afianzamiento o en la nostalgia activa de la democracia nos encontramos todos, cada uno tiene su papel, y cuando no se reconoce así es que ya la neurosis ha dejado de ser creadora para no ser otra cosa que un cactus solitario; todo lo patético y conmovedor que se quiera, pero ya insolidario y, por ello, inservible. Ahora bien: ¿es verdad que en el afianzamiento o la nostalgia activa de la democracia nos encontramos todos? Concretamente en lo que atañe al conflicto entre Sábato y sus críticos más adversos, ¿es eso, la democracia, un esfuerzo común? Si tal esfuerzo fuese en verdad común, ¿concitaría la figura de Ernesto Sábato tan apasionadas polémicas, y concitaría acusaciones —a veces insultantes, es decir, inargumentadas— entre algunos de sus colegas? Los colegas que fingen despreciarlo, ¿son en verdad demócratas? ¿Siempre y en todo caso? ¿Contra los tiranos del Este igual que contra los tiranos del Oeste? ¿Son de verdad antimplerialistas? ¿También en lo que respecta al imperialismo soviético? Si fuese así no tendrían mayor problema con la imagen moral de Sábato. Ernesto Sábato sabe perfectamente (y algo más importante: lo proclama perfectamente) que no hay tiranías justificables: que todas las tiranías, de «izquierda» o de derecha, son iguales. Que todas las tiranías son hermanas de sangre. Los críticos de Sábato que critican *también* la tiranía del Este, ¿saben que todas las tiranías son hermanas de sangre? Y si lo saben, ¿por qué no lo dicen? Y si lo dicen —qué pocas veces—, ¿por qué denuncian hacia un lado con tan digna cólera mientras hacia otro lado lo hacen con tanta pulcritud, tanto cuidado, con tanta hipocresía? ¿O acaso creen que sus silencios y sus vacilaciones no se notan? ¿Creen que son tontos los lectores? ¿Creen que basta echarle la culpa a la CIA para que el pueblo entero de Polonia resulte reaccionario, para que el Kremlin siga siendo vigía de la felicidad, y todo disidente un encubierto espía de la reacción? ¿De verdad creen que somos majaderos, borregos, ortodoxos?

* * *

«Bastaba apartarse de la ortodoxia (y había que ver qué horror podía ser esa famosa ortodoxia) para ser acusado instantáneamente de agente del imperialismo yanki, de vendido a la reacción, de espía policial. Todo esto se ha dicho en procesos infames que llevaron a la muerte, después de haber sido torturados, a grandes dirigentes del movimiento revolucionario, a algunos de los cuales, en Hungría, en Rusia, en Checoslovaquia, se los reivindicó después de asesinados. Ustedes me piden que no me enoje. Pero, ¿cómo no me voy a enojar, si ya en 1951, cuan-

do publiqué *Hombres y engranajes*, denunciando los crímenes de Stalin, esos mismos crímenes que muchos años después el propio Kruschev se vio obligado a denunciar, fui acusado de ser agente de la policía, aquí, y de recibir dinero de la Embajada norteamericana? Era la época, para colmo, en que debíamos hacer cualquier tarea con Matilde para comer, simplemente para comer, ¿Cómo no me voy a enojar si pareciera que debo rendir constantemente examen?» (4). «...se dice que me quejo o alardeo de ser "acusado por igual de fascista o de comunista", lo que no es cierto. Lo que he dicho hasta el cansancio es lo siguiente: que por mi defensa de la justicia social los reaccionarios me consideran comunista y que por mi repugnancia al socialismo totalitario, así como por mi posición filosófica, los comunistas me consideran reaccionario. Que es lo menos que han dicho de mí, dicho sea de paso. Porque cuando mucho antes que los propios jerarcas stalinistas se vieran obligados a reconocer los crímenes de su patrón (una vez muerto, claro), los que como yo denunciamos aquellos horrores fuimos acusados de recibir oro de Wall Street y de ser confidentes o miembros de la policía» (5). «Es trágico y siniestro que el fanatismo y la mala fe difundan el sofisma "o comunista o fascista". Parece que inevitablemente hubiese que ser —de un lado o del otro— partidario del terror, la venganza, la opresión, la calumnia, la duplicidad y el servilismo que caracterizan a todos los regímenes totalitarios» (6). Duplicidad y servilismo. Esas son, creo, las dos aminoradas virtudes que ejercen algunos escritores occidentales que, lo repito, con cólera dignísima claman contra las dictaduras fascistas del Oeste y su reguero de encarcelados, torturados, desaparecidos y asesinados, mientras callan o balbucean con elegante moderación sus matizaciones contra las tiranías comunistas y su reguero de encarcelados, torturados, desaperecidos y asesinados. Para ellos, los derechos humanos son más geográficos que sagrados, y las libertades (de asociación, de reunión, de sindicación, de partido, de culto) son, en un lado, burguesas, y en el otro, extasiantemente proféticas; para ellos, unos gobiernos criminales están podridos por la oscuridad de su propio pasado de explotación, y otros gobiernos criminales están iluminados (apenas se subsanen «algunos errores», naturalmente, no faltaba más) por todo el portentoso lucerío del futuro; un bloque almacena destrucción termonuclear para hacer estallar el mundo desde su insaciable rapiña geopolítica, y el otro bloque almacena destrucción termonuclear para defender el planeta —cada vez más porciones del planeta, pero aquí no hay rapiña sino avance del progre

(4) *Claves políticas*, pp. 46-47.

(5) *Claves políticas*, p. 109.

(6) Ernesto Sábato: *Heterodoxia*. Alianza Editorial. Madrid, 1973, p. 107. (Primera edición argentina, 1953.)

sismo—, contener al Maligno Capitalista y alcanzar, alguna vez, la ecuménica paz; para ellos, una huelga en Occidente es un derecho de la clase trabajadora, y una huelga en el Este es un sabotaje (orquestado por extranjeros horrorosos, verbigracia la CIA); para ellos, los vietnamitas eran heroicos mientras que los afganos son reaccionarios altisonantes; un sindicato clandestino o semiclandestino en una dictadura del Oeste es una prueba de conciencia de clase mientras que *Solidaridad* es una manada de cabritos polacos conducidos por los obispos; un intelectual adversario de una tiranía del Oeste es un progresista valeroso mientras que un disidente ruso es un delincuente común (Luis Corvalán dixit); cuando un grupo de guerrilleros raptan un avión y aterrizan en La Habana se trata de combatientes antiimperialistas, pero cuando Castro autoriza el paso a la embajada del Perú y en una sola noche se agolpan once mil cubanos en busca de asilo político todos los once mil son «lúmpenes», maricones y putas (la finura verbal no es mía, es de las autoridades cubanas). Por cierto: ¿tantas prostitutas y «lúmpenes» después de veinte años de revolución? Y, en fin, la negativa de las dictaduras del Oeste a concederles pasaporte a sus enemigos políticos es una conculcación de los Derechos del Hombre en tanto que, en el Este y sus países sirvientes, esa misma negativa a entregar pasaportes no ya a enemigos políticos sino a la totalidad de su población, excepto comisarios y otros adictos, ¿qué es? Y la duplicidad y el servilismo permanecen, igual que permanece el Muro de Berlín. La metáfora no es ociosa: el conjunto de intelectuales occidentales que aún justifican lo que está sucediendo a la derecha del Muro de Berlín conforman una especie de muro de Berlín moral (es decir: inmoral) que pretende —pero ya de forma angustiada— contener la libre circulación de la moral civil. Levantan sus adobes de elogio al Faro del Progresismo, o su argamasa de complacencia o de penumbra, con el ánimo de articular un muro de prestigio literario y «revolucionario» tan alto que no puedan saltárselo, sobre todo, los jóvenes. En verdad, su tarea es pavorosa. Callar lo que no hay que callar cuando ya hay tanto que decir, o aludir a ello con carita de buena educación y dando vueltas al sombrero, es como pretender acaparar la lluvia con una taza de café. Si no nos dieran risa tendrían que darnos pena.

* * *

Mas producen, también, un poco de vergüenza. Trato a menudo de imaginar cómo contemplarán los lectores futuros a tantos escritores de nuestra época que hacen tan pudorosos equilibrios para llamar fromage a lo que se está viendo que es queso y para, en suma, colabo-

rar, por acción o por omisión, con los diversos stalinismos existentes. Pienso, por ejemplo, en Céline; fue un soberbio escritor al que ya no es posible recordar sin horror o piedad, porque introdujo su talento en el pozo del mesianismo nazi. Es cierto que hoy ni un solo escritor de talento tiene la pavorosa desvergüenza de redactar panfletos equivalentes por la «izquierda» al antisemitismo rabioso de Céline. Pero es cierto también que hay muchos escritores que contemplan a millones de seres sometidos, a millones de seres privados de su sagrada dignidad de nacidos de madre, a millones y millones de almas reducidas al miedo, la producción y la obediencia, y los contemplan sin pestañear, o simplemente pestañean. Si al planeta no lo devoran los asesinos termonucleares y alguna vez todos esos millones de personas se sacuden sus policías y consiguen organizar sus vidas en la honorabilidad de la democracia, si alguna vez apartan sus burocracias y sus nomenklaturas y organizan sus parlamentos, sus senados, sus sindicatos y, en fin, meditan su futuro con la alegría de saber que serán ellos quienes lo construyan, que por fin vivirán escribiendo su propia Historia y no más al dictado, si alguna vez esto sucede, ¿qué pensarán entonces esos millones y millones de seres humanos al recordar que hubo en Occidente individuos privilegiados, dueños de un lenguaje expresivo y con acceso a los medios de comunicación, y expertos en el arte de denunciar las injusticias, que sin embargo, ante todo ese horror, ante toda esa desolación y esa vergüenza que cubrían la mitad de la Tierra, no ejercitaron su arte maravilloso de protestar por el sometimiento de unos pueblos tan sometidos como lo eran otros, o protestaron con sordina, y con preservativo, y en el fondo con cierta concesiva desgana? ¿Qué pensarán entonces? Porque, además, ellos, oficiantes de las palabras, al traicionar con el olvido, o el silencio, o los vagos susurros, a todas esas multitudes sometidas en nombre del Socialismo, de la Justicia Universal, del Hombre Nuevo, traicionaban también a esas admirables palabras. «Que Hitler exterminara o torturara a seres indefensos, que instruyera niños para denunciar a sus padres, que pusiera la fidelidad al Tercer Reich por encima de los sentimientos más sagrados de la criatura humana, es atrozmente lógico. Pero es siniestramente ilógico que invocando la Justicia Universal y el Socialismo se torture y asesine. ¿Qué Hombre Nuevo se podría construir con semejantes preparativos? ¿En virtud de qué milagro la perversidad y la astucia, el terror y la delación, el maquiavelismo y los campos de concentración podrían preparar el advenimiento de un hombre...?» (7). ¿De qué hombre? ¿El hombre nuevo? Parecía posible

(7) Ernesto Sábato: *Apologías y rechazos*. Seix Barral, Barcelona, 1979, p. 119.

en 1917: «En 1917 la Rusia zarista fue conmovida por una gigantesca revolución que exigió pan y libertad. ¿Qué hombre generoso y, sobre todo, qué joven idealista no habría de inclinarse a juzgar como una gran esperanza aquel acontecimiento histórico?» (8). Pero después, a la vista de cuanto ya sabemos que ocurrió, y que aún ocurre, no sólo con el diccionario, sino con los seres concretos, ¿qué hombre generoso podrá seguir comprometiendo a su conciencia para que sirva de cortina ante la palabra *gulag,* que *no* es una palabra? Antes o después no quedará un solo escritor de mediano talento y de justa moral que consienta en acompañar con su pluma a la única razón que le queda a la dictadura soviética: la razón de los tanques. Y es tal vez este destino inexorable, esa desnudez que se anuncia, un curioso motivo por el que algunos de los críticos furibundos de Sábato son tan críticos, tan furibundos, y lo son contra Sábato: que saben, allá en el fondo de su corazón, que esa complicidad es ya asombrosa y pronto será insostenible, y mientras se deciden a tomar la decisión o la distancia que ya está escrita en la historia de la moral civil de los artistas no pueden evitar recordar que en este paso al frente Sábato fue un pionero, prácticamente un solitario (9). No esperó hasta el acoso contra el pueblo polaco, no aguardó hasta la invasión de Afganistán por marines soviéticos, no esperó hasta el aplastamiento del socialismo democrático checo, no aguardó hasta que se produjo la represión

---

(8) *Apologías y rechazos,* p. 137.

(9) Pero hubo otros solitarios: Camus, a quien la algarabía más o menos ortodoxa pretendió disminuir, mientras él siguió creciendo, inexorable como la verdad. Koestler, a quien se hizo un impresionante vacío desde una izquierda que hoy ha de continuar aprendiendo del temprano coraje de aquel apestado. Octavio Paz, a quien todavía transnochados prochinos sueñan con arrancarle la lengua que él jamás se mordió Hay algo divertido en todo esto: que el número de esos solitarios alcanza ya a ser multitud. Pero, precisamente ahora, que somos multitud, es cuando se hace imprescindible proclamar el liderazgo moral de los pioneros, de aquellos solitarios que con su extraordinaria energía moral hicieron posible que hoy seamos multitud quienes condenamos a la doble moral. Uno de aquellos solitarios, ligeramente posterior a Sábato en su gesto de desmitificar el paraíso de la URSS, escribía en 1937: «Desde luego, admiro la constancia de vuestra confianza, de vuestro amor (lo digo sin ironía). Aún así, camaradas, estáis empezando a preocuparos, no lo neguéis. Y os preguntáis con creciente angustia (frente a los procesos de Moscú, por ejemplo): ¿hasta dónde tendremos que seguir aprobando? Tarde o temprano abriréis los ojos, no tendréis más remedio que abrirlos. Os preguntaréis entonces: ¿cómo hemos podido mantenerlos cerrados tanto tiempo?». Estas frases aparecían, en junio de 1937, en *Retoques a mi Regreso de la URSS.* Su autor, André Gide, con ese texto, y con el anterior, *Regreso de la URSS* (1936), originó un escándalo en el mundo intelectual europeo. Fue anatemizado, acordonado por el insulto, ensuciado por la calumnia, acorralado por el odio. Durante la preparación del II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, celebrado en la España de 1937, se suscitaron contra Gide situaciones absolutamente vergonzosas y radicalmente inmorales. Gide, con su independencia moral, había escandalizado a algunos escritores que ejercieron de comisarios. Aquel escándalo es hoy escandaloso: no podemos asomarnos a aquella turbiedad sin sentirnos abochornados. Pero hay algo todavía más escandaloso: que aquellas frases de André Gide, escritas hace cuarenta y cinco años, siguen siendo vigentes. (Véanse André Gide: *Regreso de la URSS,* Muchnik Editores, Barcelona, 1982, y Manuel Aznar Soler y Luis Mario Sneider: *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, 1937,* tres volúmenes, Editorial Laia, Barcelona, 1978.)

contra los húngaros o contra Alemania Oriental: se separó de esa insensata aventura en el justo momento en que supo que era insensata y tiránica: cuando comenzaros las *purgas* en la URSS, en 1934. Sábato es, pues, no tan sólo un testigo moral enfrentado a una desgracia ya longeva: es también un testigo de la vacilación, los equilibrios y la paciencia moral inusitada de tantos escritores y artistas que, al descubrir lo infiel de su fidelidad, creen no soportar el madrugón de Sábato, cuando lo que ya no soportan es su propio adormecimiento. La premura moral de Sábato equivale a un espejo en el que algunos colegas descubren hasta qué punto se les han pegado las sábanas. Pero hay que despertar del todo, y levantarse, y echarse a caminar. Y en el camino vamos a encontrarnos con unos cuantos seres pacientes que nos están mirando desde hace mucho tiempo. Esos seres se llaman disidentes.

* * *

Digamos algo sobre los disidentes. En primer lugar, dudo que la palabra haga justicia a lo que nombra. Disentir nos sugiere poca cosa. Tras la palabra disentir uno podría pensar en alguien que disienta sobre algo, incluso que dialoga. Un disidente podría ser quien discute algunos pormenores, o meramente los matiza. He conocido algún disidente checoslovaco: no le gustaba que le llamaran disidente. Sospecho que tenía bien claro que toda su conducta y su obra de oposición a un modelo de sociedad tiránico e indigno de los hombres no se abarcaba con la palabra disidente. Es que tras sustantivo tan discreto, de resonancias tan modosas, no es inmediata la visión de toda una dialéctica de miedo y de coraje, de asco y de indignación, de desilusión y de cólera. Sin embargo, la palabra ya ha hecho fortuna, se ha quedado a vivir en el lenguaje de la actualidad. Y más aún: se ha convertido en uno de los signos verbales más testarudos de los años recientes, en uno de los conceptos más capaces de aludir a la batalla que libra en nuestro tiempo la dignidad de la conciencia contra la opresión. Tanto es así que ha merecido ya llegar a ser una de las palabras más odiadas por la nomenklatura de los países domesticados y sometidos por el Kremlin, una de las palabras más odiadas por los cada vez más escasos intelectuales que apoyan desesperadamente a esa mentira de proporciones colosales. Equívoca en su origen, tranquila, casi suave en su raíz, la palabra disidencia acabó siendo una bandera. Y como una bandera es agredida. Hace algún tiempo, en una revista cultural —o kultural— de un país de obediencia soviética, leí unas frases contra los disidentes y contra los intelectuales occidentales

que les ayudan o que les escuchan. Eran frases de una violencia directamente bélica, histéricas en su expresión, espinadas de odio. Tras ese odio existe la oscura inteligencia de quien sabe que la palabra disidencia ha acabado constituyéndose en la parte visible de un iceberg que se llama, cuando menos, oposición. Recientemente ha aparecido un libro dedicado a historiar sistemáticamente, documentadamente, la oposición en la Unión Soviética, Hungría, Checoslovaquia y Polonia. Para su autor, la oposición en estos países llamados socialistas «constituye uno de los acontecimientos más relevantes y cargados de futuro de la segunda mitad del siglo XX. Y es parte esencial de una realidad más amplia, que durante largo tiempo fue ignorada o tergiversada: la naturaleza socialmente antagónica del sistema soviético. Hasta la muerte de Stalin su imagen externa correspondía a lo que supuestamente, según la doctrina oficial, era el principal e inconmovible fundamento del sistema: la unidad monolítica partido-Estado-pueblo. En los últimos veinticinco años el espejismo se ha desvanecido y los antagonismos sociales han irrumpido clamorosamente a la luz del día. Ya nadie puede llamarse a engaño cuando allí, exhibiendo su máximo título de legitimidad, dicen representar a la clase obrera. La oposición es reflejo de esos antagonismos al mismo tiempo que los revela e intenta superarlos. En los períodos "normales" puede parecer de poca entidad, dados los medios excepcionales con que cuentan las dictaduras totalitarias no sólo para reprimir sus 'disidencias', sino para ocultar, incluso, su existencia. Nunca se insistirá bastante sobre este segundo aspecto: puede ocultarlas hasta de ellas mismas. Pero en cada una de las crisis por las que han atravesado los cuatro regímenes considerados en el presente trabajo se ha puesto de manifiesto que la oposición reflejaba los sentimientos y aspiraciones de la gran mayoría de la sociedad. Hace tiempo que no existirían tres de esos regímenes de no haber sido por la intervención militar de Moscú o la amenaza de llevarla a cabo (...) Algo es indudable: el fantasma de la oposición recorre la Europa del Este». ¿Quién ha escrito estas frases? ¿Un conocido o encubierto agente de la CIA? ¿Un intelectual vendido al capitalismo internacional y esclavo satisfecho del imperialismo norteamericano? Pues mira tú por dónde: no. Las ha escrito un ex comunista llamado Fernando Claudín (10). Uno de tantos que gastaron su juventud en ese formidable embuste, un combatiente antifranquista que llegó a ser miembro del Comité Central del Partido Comunista de España,

(10) Fernando Claudín: *La oposición en el «socialismo real»*. Editorial Siglo XXI. Madrid, 1981, pp. 363-64.

que conoce de verdad a la URSS y que, posiblemente poco antes de que él mismo decidiera marcharse, fue expulsado del Partido Comunista Español por Santiago Carrillo. Por cierto que Carrillo, durante la ya arruinada aventura estratégica del llamado eurocomunismo, al ser interpelado por un periodista que le recordaba las semejanzas (creo que más aparentes que reales) de su proyecto neocomunista con las posiciones políticas mantenidas por Fernande Claudín y por Jorge Semprún un cuarto de siglo más atrás, comentó con su reverendo cinismo que ambos dos expulsados, que ambos dos disidentes, tenían, en efecto, razón, pero una razón prematura. Esta palabra, *prematura,* es clave. Los disidentes siempre son prematuros. Siempre madrugan demasiado. La oposición es siempre prematura. Los pueblos nunca están preparados para la democracia. Las «masas» siempre han de aguardar un poco más a que las condiciones objetivas..., etcétera, y etc. Los españoles sabemos algo de esto. El franquismo, previo amordazamiento de los medios de comunicación social, previo sometimiento de la prensa, la radio y la televisión, siempre intentó convencer al pueblo español de que aquellos que protestaban contra la dictadura, los disidentes, eran poco menos —o más— que delincuentes, o masones, o perturbados. En los años sesenta un puñado de esa variedad de delincuentes se reunieron fuera de España para iniciar un proceso de diálogo de las fuerzas políticas con vistas al relevo del franquismo. La polvareda de violencia verbal que levantaron entonces los franquistas contradecía, con su nerviosismo y sus gigantescas proporciones, la imagen que quisieron vendernos sobre aquellos delincuentes: no eran más que un puñado de traidores y dementes, no representaban a nadie, eran sólo unos pocos y asquerosos granos sobre la piel inmaculada de la historia de España. A aquella reunión celebrada en el exterior (a la que la derecha puso un nombre tan cursi como beligerante: «Contubernio de Munich») acudieron muy pocos disidentes. Estaban perturbados y no representaban a nadie. Eran retrasados mentales, eran demócratas. Años después, en esa fiesta civil que son las elecciones libres, se comprobó que los demócratas ocupaban el parlamento, y que de aquellos anteriores procuradores al dictado, diputados a dedo, nadie o casi nadie conseguiría respaldo popular. En el referéndum previo a las primeras elecciones libres tras la desaparición de la dictadura, más del 97 por 100 votamos por la elaboración de una Constitución democrática. Los disidentes, pues, tan prematuros, habían sido además adelantados, como quien dice unos profetas. Y no eran visionarios, perturbados, solitarios, vanidosos, etc., masones. Eran la oposición. «... la oposición reflejaba los sentimientos

y aspiraciones de la gran mayoría de la sociedad»: son las palabras de Claudín referidas al sistema soviético. Si las miramos de muy cerca advertimos que parecen referirse a la época de la dictadura española. ¿Y esto no nos hace pensar? ¿Seríamos tan indignos o tan bobalicones como para no ver que el diagnóstico de una dictadura ha de servir para diagnosticar a otra? ¿Seríamos tan desleales con la especie a que pertenecemos, que llamamos humana y que es preciso que lo sea, como para no ver que todo disidente combate por un ya viejo sueño humano que se sigue llamando libertad? Al hacerse famosa la frase de Lenin («Libertad, ¿para qué?») y, sobre todo, al instalarse el leninismo —origen del estalinismo, y ésta es una cuestión muy dilatada, que no cabe en la dimensión de estas notas, pero que ya ha sido estudiada profusamente (11)— en la conciencia de muchos intelectuales occidentales, la libertad, el más viejo proyecto humano, y el más útil también, ha padecido un retroceso que ha dejado a multitud de comunidades en una especie de intemperie moral, contra la que es necesario combatir, contra la que es preciso el disidente. «El gran acontecimiento del siglo XX fue el abandono de la libertad por los que querían el progreso, desapareciendo desde entonces una esperanza más para el mundo. La libertad burguesa no era toda la libertad, o no lo era cabalmente. Pero de la justa desconfianza por sus precariedades se llegó a desconfiar de la libertad misma o se la difirió para los siglos futuros. Ya sabemos ahora dónde condujo ese renunciamiento y es hora de que admitamos que la libertad total no es algo que un día recibimos de golpe y en su máximo esplendor, sino que debe lograrse día a día en una lucha incesante contra los que quieren arrebatar hasta sus migajas.» Ernesto Sábato escribió estas frases (12) en 1976 y en Argentina, en plena época desaforada de la tiranía de Videla.

* * *

La noche en que tuve que discutir con un exiliado iberoamericano en defensa de Sábato hubiera podido, quizá, permanecer tranquilo, de no haber sido porque oí cómo a Sábato se le llamó cobarde.

---

(11) Sobre el terror soviético previo al estalinismo informan, entre otros, Jacques Baynac: *El terror bajo Lenin* (Tusquets Editor, Barcelona, 1978); Pedro Archinof: *Historia del Movimiento Macknovista* (Tusquets Editor, Barcelona, 1975); Cornelius Castoriades: *La sociedad burocrática* (Tusquets Editor, Barcelona, 1976); Jurgen Ruhle: *Literatura y revolución* (Editorial Luis de Caralt, Barcelona, 1963), y Michael Voslensky: *La Nomenklatura* (Editorial Argos-Vergara, Madrid, 1981).

(12) Pertenecen a su ensayo «Nuestro tiempo del desprecio», recogido posteriormente en *Apologías y rechazos*, p. 123.

Verdaderamente, hay gente que no está bien de la cabeza. Aquella noche me sublevó ese insulto. Después, reflexionando sobre cuánto contiene de mendaz, y más que nada de ridículo, he llegado a pensar una vez más que tal vez precisamente esto, el coraje de Sábato, sea una de las causas del fragor psicológico que Sábato suscita. Quienes lo acusan de reaccionario tal vez lo hagan desde un compromiso «revolucionario» (aunque muy selectivo; por eso pongo las comillas), pero quienes le acusan de cobarde (no creo que abunden, pero existe uno al menos: yo tuve que sufrirlo) no es imposible que lo hagan desde la envidia ante el coraje ajeno. Y puede que esa envidia tenga cierta justificación en el fondo de la conciencia insatisfecha. En nuestra civilización la valentía ha sido tan mitificada que cualquiera que no la sienta circular por sus venas, siempre y en todo caso, queda ya casi condenado a insultar a su propia cuota de miedo denominándolo con el nombre de cobardía. Esto es un disparate, es una colosal insensatez, ya que el miedo pertenece al patrimonio de la carne y a la identidad de la conciencia; pero lo cierto es que hay pocos seres preparados para asumirse temerosos en ciertas circunstancias; desde esa resistencia (herencia de una cultura machista y desdichada) un oficinista sumiso contará a su mujer —mintiendo— cómo se enfrentó a la prepotencia del jefe; un infeliz conmovedor relatará —mintiendo— a sus amigos en la barra de la cafetería cómo discutió, con arrogancia y alta voz, con la pareja de municipales que le pidieron la documentación. El mismo mecanismo psicológico conduce a algunos exiliados (obsérvese que digo *algunos;* mi respeto y mi solidaridad para con las víctimas del exilio, de todos los exilios, han de quedar bien claras para quien lea de buena fe estas páginas) a no poder asumir el mayor o menor coraje de quienes se quedaron allá. Hay seres (yo desearía que fuesen pocos, y estoy dispuesto a suponer que no son abundantes) a quienes el coraje de los exiliados internos resulta más intolerable conforme añade pruebas de que existe. ¿Pero cómo, yo me he exiliado, y allí ha quedado ese individuo que se atreve a decir, dentro, lo que yo estoy proclamando a diario y con más claridad —pero fuera—? Este asunto es patético, y yo lamentaría que alguien pudiese suponer que aludo a él con regocijo o con desprecio. Siento un respeto muy profundo por todo aquello que se parezca al miedo (incluso, y sobre todo, cuando ocurre dentro de mí), pero un respeto no tan exagerado como para sentir la necesidad de negarme a admirar la valentía, allí donde ella se produce, y mucho menos de insultarla. Con esta digresión lo que pretendo señalar es que las polémicas que Sábato suscita no son simplemente ideológicas ni circunstanciales, sino hon-

damente psicológicas y de vigencia eterna, cosa lógica en este creador que pertenece a la estirpe de creadores en profundidad, como por ejemplo, Dostoiewsky. El desacuerdo con otros escritores que trabajan en superficies puede permanecer en el plano de la discusión intelectual, puede incluso consentirse alguna relativa placidez. Pero en la obra de Sábato (incluida su conducta, que es parte rigurosa de su obra) nos encontramos con la fuerza de gravedad de la sagrada orfandad humana, y un huracán gravitatorio nos arrastra a los despeñaderos de la conciencia. Lo que entonces se pone en juego es algo más que nuestras opiniones, incluso algo más que nuestras creencias: entran al juego nuestras emociones, las porciones más oscuras de nuestro ser, todos nuestros centros flotantes, toda la selva de nuestra historia personal; incluso y sobre todo, aquellos macizos selváticos que no nos atrevemos a tolerar en la vigilia y que sólo de vez en cuando, en sueños, mediante pesadillas siniestras, dibujan las zonas clandestinas de nuestro verdadero rostro. Por eso, en la obra y en la persona de Ernesto Sábato la calma es una pura ausencia. Todo en ambos es minería, desasosiego, oscuridad. Es la tiniebla primitiva, esa condición obstinada contra la que se desgasta todo racionalismo, contra la que se extenúa todo autoritarismo. En realidad, la propuesta democrática de Sábato no es una propuesta ideológica, incluso es algo más que una proposición moral, excepto que le demos al vocablo *moral* una dimensión de fatalidad, un rumor de destino. Los légamos casi prehistóricos de que procede la moral de Sábato son tan apasionados y terribles que en su conducta y en su obra no son posibles ni el más mínimo embuste ni la vacilación ni el cálculo. Sólo caben allí la totalidad y la urgencia. Por eso es incapaz de disculpar *ninguna* tiranía. Tal vez por eso se convirtió en un escritor. Y, sin duda, por eso tiene un altísimo concepto de su oficio: el mismo que tuvo Albert Camus y que expresó en unas palabras que Sábato ha citado con gratitud y con vehemencia: «Ninguno de nosotros es lo bastante grande para semejante vocación. Pero en todas las circunstancias de su vida, oscuro o provisionalmente célebre, aherrojado por la tiranía o libre de poder expresarse, el escritor puede encontrar el sentiminto de una comunidad viva que lo justificará, a condición de que acepte, en la medida de sus posibilidades, las dos tareas que constituyen la grandeza de su oficio: el servicio de la verdad y el servicio de la libertad. Y ya que su vocación es agrupar el mayor número posible de hombres, no puede acomodarse a la mentira y a la servidumbre, que, donde reinan, hacen proliferar las soledades. Cualesquiera que sean nuestras fla-

quezas personales, la nobleza de nuestro oficio arraigará siempre en dos imperativos difíciles de mantener: la negativa a mentir respecto de lo que se sabe y la resistencia a la opresión» (13).

* * *

La negativa a mentir sobre lo que sabemos. La resistencia a la opresión. A cualquier opresión. En estos dos postulados de la moral de Albert Camus se puede resumir la conducta de Ernesto Sábato. Quizá alguna vez haya podido equivocarse: pero muchísimo menos que otros y jamás sin desgarramiento. Y en cuanto a su resistencia a la opresión, Sábato, como lo estamos viendo, no ha silenciado nunca la opresión que se sufre fuera de las fronteras de su patria, aunque ésta se haya enmascarado tras conceptos sagrados, pero tampoco silenció jamás la opresión, la falsedad, la demencia, la crueldad, la violencia y la infamia que se hayan producido en su propio país. Transcribiré a continuación algunas de sus opiniones, publicadas en la etapa de la dictadura militar que desde hace años aplasta la vida ciudadana argentina. Le ruego a mi lector que considere el valor de cada palabra de Sábato pronunciada en pleno centro de la situación. Si ese lector es español, ni siquiera necesitará ayudarse de la imaginación: le bastará con la memoria. Todos nosotros aprendimos un código para medir el valor *(valor* en un doble sentido: el de la coherencia moral y el de la valentía) de las palabras que se escriben desde el mismo epicentro de la amenaza y de la represión. Pido al lector, repito, que al leer las palabras que siguen no olvide que están pronunciadas por alguien que después de escribirlas y hacerlas públicas continuaba en su casa, dispuesto a que esas palabras pudieran costarle la vida. En el ensayo citado más atrás, *Nuestro tiempo del desprecio,* publicado, como ya dije, en 1976 y en Argentina, leemos: «Con el país al borde del abismo, mientras se esperaban fundamentales acciones de limpieza y autocrítica, no se ofrecía otra cosa que componendas y emparchamientos, kafkianos cabildeos entre adulones y usufructuadores, incoherencia política y económica, crímenes cotidianos e impunidad de sus autores, descarada exhibición de rastacueros enriquecidos en sus funciones públicas, y una arrogante suficiencia de esa pobre mujer que llegamos a detentar como presidente de la República. Entre tanto, la industria enfrentaba la bancarrota, el país no podía pagar sus deudas, los precios

(13) Albert Camus: *Discurso de Suecia.* Pronunciado con motivo de la concesión del Premio Nobel el 10 de diciembre de 1957. En *Obras Completas,* vol. II, Editorial Aguilar, Madrid, 1973, pp. 1370-71.

aumentaban por horas y la irresponsabilidad de arriba se reproducía, como en un monstruoso espejo, en la irresponsabilidad de abajo, prostituido como estaba por la demagogia. Y así, mientras abajo nadie cumplía con sus obligaciones, en la cima proseguía la alucinante danza de ministros, como en una trágica opereta. Todos sentimos entonces la necesidad de algún providencial recurso que nos rescatase, pero muchos pensamos que corríamos el riesgo de una temible tentación: la de un orden basado en el terror, y así lo escribí en la revista *Extra* pocas semanas antes del golpe. Debía restaurarse la democracia, había que recogerla de aquel vaciadero de basura en que se arrastraba como una ramera de puerto, pero era necesario evitar un terrorismo de extrema derecha como respuesta al de los grupos inversos.» Del mismo ensayo: «Aquí es calificado de comunista cualquiera que denuncie el nazismo (aunque al mismo tiempo denuncie, como yo, el totalitarismo soviético), cualquiera que preconice la justicia social o que defienda la libertad de los pueblos esclavizados. Todos ellos son enemigos de la patria y del hogar, instrumentos del demonio, crípticos colaboradores de la guerrilla, ideólogos de la destrucción.» Del mismo ensayo: «Sin embargo, es aún más escandaloso lo que sucede con ciertos cristianos, que en nombre de Dios olvidan las enseñanzas evangélicas, en nombre de la patria abominan de los fundamentos sobre los que se construyó, y en nombre del hogar colaboran en la destrucción física de tantas familias (...) Me pregunto qué clase de cristianos son éstos que añoran los campos hitleristas y sueñan con instaurarlos en nuestra patria.» En «Libertad y democracia», un discurso pronunciado en el Colegio de Abogados de Morón, Buenos Aires, en 1981, leemos: «El terrorismo cometió crímenes abominables, incluyendo los perpetrados por la Triple A, que jamás fueron castigados. Pero aun en medio de una lucha de excepción —y sobre todo si lo es, pues todos los hombres somos proclives a las atrocidades en los momentos de guerra— ningún grupo, ninguna banda puede pretender el derecho a secuestrar, condenar y matar a nadie. De los miles de desaparecidos, muchos fueron culpables de viles atentados, pero aun ellos tenían el derecho a la defensa en juicio. ¿Y el resto? Los que fueron arrancados de sus hogares por meras sospechas, por vínculos familiares o amistosos con los terroristas, o como consecuencia de esas delaciones que en épocas de persecución y de caza de brujas se prestan a las venganzas más abominables y perversas, ¿cómo sabremos ya quiénes desaparecieron por culpas reales y quiénes por culpas imaginarias? Y en cuanto a las madres y padres inocentes, aun en el caso de haber tenido el infortunio de un hijo crimi-

nal, ¿por qué castigarlos con el infinito tormento de la incertidumbre durante años inacabables? ¿Cómo será posible mitigar tanto dolor?» (14). En el mes de diciembre de 1982 (cito de *El País*, Madrid, 29-XII-82) leemos: «Un grupo de escritores argentinos ha dirigido una petición al presidente de la República Argentina, el teniente general Leopoldo Galtieri, solicitando que esclarezca la situación del escritor Haroldo Conti, desaparecido hace cinco años. Los autores de la petición señalan que Haroldo Conti fue sacado a la fuerza de su domicilio el 4 de mayo de 1976 y que se ignora absolutamente todo lo que se relaciona con su suerte posterior. Entre los firmantes de este escrito dirigido al nuevo presidente argentino figuraban los autores Ernesto Sábato, Martha Lynch, Abelardo Castillo, Alejandra y Lydia Conti. Estas últimas son hijas del escritor desaparecido» (15). En el número 525 de *Cambio 16* (Madrid, 21-XII-81) se informa de una huelga de hambre iniciada por las Madres de la Plaza de Mayo para exigir información sobre los miles de desaparecidos: «Los desaparecidos, la gran tragedia nacional de los argentinos, continúa enfrentando al Gobierno militar con los familiares de las víctimas y los distintos grupos y personalidades que denuncian la represión. En este sentido ha tenido gran repercusión que el famoso escritor Ernesto Sábato encabezara un comité, del que también forma parte el premio Nobel de la Paz, Alberto Pérez Esquivel, para ubicar a los más de ochenta niños desaparecidos.» En un reportaje publicado en *Diario 16* (Madrid 9-V-82) declara Ernesto Sábato: «Pasamos por un momento catastrófico, tanto en lo político como en lo económico. La dictadura militar trajo consigo un equipo vinculado a la

---

(14) Ignoro si ese texto, «Libertad y democracia», fue publicado en Argentina tras su lectura en el Colegio de Abogados de Buenos Aires. Conocer a Sábato induce a deducir que sí, que ese texto fue publicado en su país, excepto que interviniese la censura. El lector puede, en todo caso, conocerlo en el número 54 de la revista mexicana *Vuelta* (mayo, 1981, pp. 44-45), y desde luego no debe olvidar que fue leído por su propio autor ante un auditorio argentino.

(15) Viene ahora a mi memoria, y resuelvo no reprimir ese recuerdo, un disgusto que tuve ya hace tiempo, en Madrid, con motivo de un acto de homenaje al desaparecido Haroldo Conti, acto organizado por exiliados políticos argentinos. No asistí a ese acto porque a la misma hora, el mismo día, yo estaba comprometido a participar en otro acto público (por cierto: en compañía de otro exiliado argentino, Horacio Salas) en donde, como es lógico, nos pronunciamos contra la dictadura militar argentina. Mi disgusto estuvo motivado en lo siguiente: en el acto de homenaje a Conti se leyó un texto de adhesión que concluía con varias firmas de españoles, la mía entre ellas. Ese texto no me había sido dado a conocer, y así y todo se incluyó en él mi firma. Pero no fue esa inmoralidad lo que motivó mi protesta. En ningún caso yo hubiera dejado de firmar una adhesión a Conti y una reclamación por su situación, siempre que se tratase de un texto que yo mismo hubiera redactado o que al menos me hubiera sido dado a conocer. Una firma representa a un hombre, un hombre a una moral, y es en nombre de la moral como uno tiene derecho a saber lo que firma. Pero, repito, el motivo esencial de mi disgusto y mi protesta fue el de que, según supe después por información de un asistente al acto, en él Ernesto Sábato fue públicamente insultado. Lamenté, pues, no estar presente para haber podido defenderlo, y lamenté mi firma en un contexto dentro del cual se agredió a un hombre digno. Algún día contaré y documentaré aquel disgusto que me honra haber sentido.

Banca Rockefeller, que en estos seis años de poder absoluto logró desmantelar el país en favor de las empresas multinacionales. De la antigua Argentina, que logró llegar a un notable desarrollo industrial, sólo quedan ruinas, y el empobrecimiento de las clases populares ha llegado a límites insoportables (...). La catástrofe [política] es similar, con el agravante de que se trata de algo vinculado a lo más profundo del espíritu. Esta dictadura combatió al terrorismo con el terrorismo de Estado, que es aún peor, porque cuenta con el inmenso poder del Estado y de las Fuerzas Armadas. Así, sin los recursos que sabiamente establece nuestra Carta Magna, haciendo de ella un simple papel sucio, se secuestró a más de diez mil personas, entre las cuales la inmensa mayoría jamás había llevado a cabo actividades terroristas. La caza fue kafkiana y horrenda: se secuestró a miles y miles de familiares, amigos, compañeros de estudio de los que podían ser terroristas. A jóvenes por el solo hecho de figurar en los carnés de direcciones; a muchachos y chicas idealistas que habían formado parte de simples comisiones directivas de centros estudiantiles o gremiales. ¿Dónde están? ¿Quién dará un día cuenta de su suplicio y su desaparición o su muerte? Esta inenarrable tragedia dejará para siempre una funesta marca en nuestra tierra.» Advertirá el lector que de los escritos o declaraciones de Sábato que cito, unos están publicados en su tierra, otros fuera de ella. Creo que comportaría mala fe el suponerles menos sinceridad o menos coraje —y menos riesgo— a estos últimos. Todos sabemos qué poco tardan las declaraciones hostiles a un gobierno dictatorial efectuadas fuera del país en donde tal gobierno ejerce la dominación en llegar a las manos de la policía, en este caso la argentina. Sábato corre el mismo riesgo hablando fuera de su país que hablando dentro de él, por la simple razón de que siempre regresa a casa, a afrontar las consecuencias de sus actos (y agrego, entre paréntesis, que, incluso fuera de su patria, Sábato no carece de riesgos. Hacia el año 77 —no recuerdo la fecha exacta pero fue en el momento más siniestro de la represión militar argentina— Sábato vino a España; entre los actos públicos que tenía programados, y que no fueron suspendidos, uno de ellos era una conferencia que había de pronunciar en el Instituto de Cooperación Iberoamericana; por esos días, Sábato recibió una amenaza de la Triple A argentina, aquí en Madrid, instándole a callarse. Le ofrecimos suspender esa conferencia, o celebrarla al menos de forma restringida. Aceptó, más por nosotros que por su persona, esta segunda solución. Se celebró lo conferencia). En un periódico argentino (dispongo del recorte, pero no de la cabecera ni la fecha, aunque estoy casi seguro de que se trata de un diario publicado en

septiembre del 82) Ernesto Sábato declara: «¿Sabe qué tendrían que hacer los militares, después de este desastre final que estamos presenciando? Ir en procesión hasta la casa del doctor Illia, para pedirle excusas, perdón, por lo que le hicieron (...). Resulta curioso expresar que los dirigentes políticos son ineficaces. Acabo de poner el ejemplo de Illia, que es todo lo contrario; y ojo, que no soy radical (...) ¿Desde cuándo el manejo de un artefacto de guerra o de un avión de combate prepara para gobernar? ¿Qué clase de locura es ésta? ¿Qué clase de paranoia?» Sábato, en fin, ejerce, como vemos, las dos virtudes que reclamaba Albert Camus en el escritor de nuestro tiempo: la sinceridad y la piedad; o dicho de otro modo, el amor militante a la verdad y la resistencia a la opresión. Ejerce esa doble actividad a pecho descubierto. Para justificar la acusación —el insulto— de que Sábato es reaccionario, algunos de sus críticos políticos parecen insinuar que es significativo que no lo hayan matado todavía, y ni siquiera encarcelado (me refiero a esta última etapa de la historia argentina, pues, como ya lo vimos, Sábato no desconoce la prisión). Deducir de ese hecho una especie de contraseña al borde de la complicidad es simplemente una calumnia. Lo que sucede es más sencillo y más emocionante: la figura moral de Sábato es tan alta y famosa, su nombre es ya tan internacional y respetado, que no hay gobierno que no sepa que atentar contra él pondría en peligro su imagen diplomática, y si ésta ya estuviera —como lo está— desprestigiada en todo el mundo, ese atentado podría contribuir al desmoronamiento definitivo de sus agresores. Es por eso por lo que lo respetan: Sábato les da miedo. Se diría que el coraje es una coraza, que la sinceridad y el arrojo se transforman en una especie de aduana que no deja pasar el contrabando de la impunidad. Hay otra causa, hermana gemela de la ya señalada, por la que el gobierno ilegal argentino no ha consentido que se atente contra la integridad física ni contra la libertad de Sábato: que es conocido y amado por el pueblo argentino y que ese pueblo, si algo sucediese que transformase a este hombre libre en mártir, podría alcanzar unos niveles de indignación de imprevisibles consecuencias. Porque no hay duda de que el pueblo lo ama. En un reciente reportaje publicado en el diario *ABC* (14-XII-82) y que se apoya en una entrevista celebrada con el escritor en un café de la capital argentina, y otra entrevista celebrada en la casa en que Sábato habita, a unos veinte kilómetros de Buenos Aires, escribe Ignacio Carrión: «Los camareros parecían estar mirándole. Es un hombre muy conocido. Los taxistas (como pude comprobar más tarde) se niegan a cobrarle. Quieren una foto suya. Esto avergüenza al escritor (...). El pueblo le protege de una

forma especial, con su respeto, contra los zarpazos de un régimen que desearía silenciarle. No se atreve. Y Sábato se ha convertido en el crítico más enérgico e inflexible de la Junta Militar (...). Me acompañó hasta el taxi. El conductor quería abrazarle, quería una foto, quería decirle que siga hablando como lo hace en sus artículos, incluso en la televisión. "Señor Sábato, tome mi teléfono y llame cuando no tenga quien le baje a Buenos Aires..."».

* * *

De esa popularidad, de ese respeto, me hablan aquí, en España, algunos exiliados argentinos. Uno de ellos, recientemente, resumía la manera en que las gentes de la calle en Argentina aman, respetan y defienden a Sábato, asegurándome que su imagen moral entre los ciudadanos de a pie de la Argentina, entre las gentes que llamamos sencillas y que a menudo con su sencillez saben interpretar lo esencial en los hombres, es ya muy semejante a la imagen del Camus de los años cuarenta y principios de los cincuenta, y es ya muy semejante a la del Miguel de Unamuno que adoptaba posiciones civiles; que es ya considerado, en fin, no tan sólo un valiente, sino, de modo simultáneo, un ejemplo moral, un espíritu insobornable. Debo aclarar (pues ni puedo aspirar a que estas páginas no sean leídas por algún furibundo detractor de Sábato, ni desearía renunciar a que tal detractor disfrute de su enojo al leerme) que quien me informaba de ese respeto popular por Sábato y establecía ese paralelismo con Camus y Unamuno no es, válgame Dios, un hombre deshonesto ni reaccionario ni malvado; es simplemente uno de tantos hombres que se han venido a España escapando por pelos de la represión policíaca argentina (16). Al escuchar esa opinión recordé que Camus, tan querido por el común de los franceses y por muchísimos colegas de su época y de hoy, no careció de agresiones y críticas e insultos, muy a menudo infames, que a veces procedían de la derecha y a veces de esa derecha enmascarada que era el partido comunista francés (y escribo que *era* enmascarada porque ya, hoy, ese partido que aún se niega a desobedecer a su patrón el Kremlin sobre cuestiones como el drama polaco, no tiene máscara

(16) Se trata de mi amigo o hermano Arnoldo Liberman. Un judío argentino que no ha omitido, en defensa de los judíos, llamarle, por escrito, fascista a Beguín y que, en defensa de la dignidad de la especie humana, y también por escrito, ha dicho que ser judío «es *también* ser el masacrado palestino en su carpa de refugiado...» (*«El Socialista* núm. 284, Madrid, noviembre 1982). Entre otras actividades públicas, Liberman ha pertenecido al Comité Internacional de la Izquierda por la Paz en el Cercano Oriente, junto a personalidades como Sastre, S. de Beauvoir, Italo Calvino, Arnold Wesker, Cortázar, Joan Báez, Friedic Durrenmat, etc.

ninguna, aunque su rostro sea a la vez espantoso y ridículo); y recordé también que la moral unamuniana fue agredida en su tiempo por algunos que no pensaban como él, y que eso sucede todavía, en tanto que mi padre (que combatió por la República) y muchos seres como él, se siguen refiriendo a Unamuno llamándolo con esa mezcla de cariño y respeto que suele haber al omitir el apellido y anteponer un tratamiento: respetuosa y afectivamente le llaman *Don Miguel.* Me refiere mi padre (que es uno de los seres más hondos y decentes, más hijos de su conducta y su trabajo que pueblan este planeta desdichado y maravilloso) que por aquellas décadas anteriores a la guerra civil, cuando un conflicto o un acontecimiento nacionales, o un suceso internacional, reclamaban una interpretación correcta, compleja, comprometida, sincera, orientadora —es decir, una interpretación moral—, las gentes de la calle compraban los periódicos para conocer la opinión de *Don Miguel* (que no podía ser otro que Unamuno), o *Don José* (que tenía un apellido torero: Ortega); *Don Indalecio* (naturalmente, Prieto), o *Don Manuel* (éste era Azaña). Así los respetaba la moral popular. Aquellos hombres, entre otros, en lo esencial contribuyeron a la formación y el afinamiento moral de una comunidad. Más tarde se pondría de moda protestar contra el culto a la personalidad. Esto, que fue una necesidad histórica contra aquel culto horrendo a Stalin (culto que no ha cesado todavía, aunque ahora Stalin se haya multiplicado por sí mismo y lleve ya otros nombres), llegaría a ser también refugio de mediocres que al omitir el vano culto prescindían de la admiración. Muy a menudo, las gentes sencillas se niegan a olvidar su débito civil con unos cuantos seres inteligentes, honestos y ejemplares. Las pasiones políticas (o por decirlo con mayor precisión: la intolerancia contra las ideas o las contradicciones de un interlocutor) suelen, desde cualquier ideología, pero esgrimida ésta como se esgrime un arma, reducir al adversario al tamaño trivial de un enemigo, y suelen además considerar adversario —enemigo— a un hombre no en su totalidad sino a través de un aspecto parcial de su persona. Las pasiones políticas, en fin, tienden a convertir a la pasión en intolerancia y soberbia, y tienden a refutar al adversario, a condenarlo, previamente disminuido. Es trabajo de jíbaros. Todavía hoy, en España, no es infrecuente que alguien (que quizá acaba de llegar a la moral por la puerta trasera, y que tal vez ha elegido olvidar que el señor Andropov ha dirigido el KGB antes de codirigir este planeta con la ayuda de un mal aficionado al western) se obstine en llamar reaccionarios, por entero y terminantemente, a aquellos mencionados intelectuales de la segunda República española. Así olvidan, o pretenden hacernos olvidar, dos cuestiones noto-

rias. Una, que nuestros viejos siguen llamando a sus maestros Don Miguel, Don José, Don Indalecio, Don Manuel. Otra, que Unamuno tuvo la fortuna de morirse de asco tras haber pronunciado en Salamanca unas palabras memorables que le dieron la vuelta al mundo; que don Manuel tuvo que ser defendido en su exilio de Francia por las autoridades mexicanas para evitar una repatriación que hubiera concluido en una ejecución; que don José permaneció en exilio muchos años y que cuando resolvió regresar no lo hizo para ensuciar su honradez y su inteligencia, sino para morir; y que don Inda cerró sus ojos para siempre en esa especie de patria de urgencia a que llamamos emocionadamente México. Se trata, en suma, de aceptar, y de proclamar, que existen los profesores de moral, que la moral de cada uno de nosotros no ha nacido de la nada, y ni siquiera solamente de la elección de una determinada ideología (he conocido seres sumamente perversos y temibles que decían militar en una ideología de la fraternidad, y he conocido seres fraternales que antepusieron siempre la fraternidad por los seres concretos a la ideología o la doctrina); se trata de saber —y agradecerlo— que esta aventura interminable y necesaria que llamamos la construcción de la moral civil tiene maestros. Maestros que pueden ser contradictorios —como somos todos los hombres—, pero que en lo esencial llevan la libertad, la dignidad, como se lleva una bandera: con decisión, con orgullo y con riesgo. Se trata de saber que esos maestros consienten y a menudo merecen críticas, matizaciones, discusión, pero nunca disminuciones ni desprecio. Se trata de saber que hay hombres que con su rigor y su angustia, con su piedad y su coraje, alcanzan el amor de sus pueblos y contribuyen a acrecentarles su conciencia. Se trata de saber, en fin, que Ernesto Sábato es uno de esos hombres.

* * *

Y sin embargo, como hemos visto a lo largo de estas páginas, concita sobre su persona no únicamente admiración, respeto y gratitud, sino también, con alguna frecuencia, descalificaciones e insultos, que serían bastante ridículos si no fuesen tan entristecedores e indignantes: como siempre son los insultos. He mencionado más atrás «las pasiones políticas». Tal vez sea ésta «la clave del enigma». Las pasiones políticas son, por de pronto, pasiones. Vale decir, son más pasiones que políticas. Lo que distingue a estas pasiones, cuando el apasionado lo es no de un modo general y mundial (no de un modo moral, en fin) sino de un modo partidista, es que están a un

paso de la violencia o de la ofuscación. Estoy tentado incluso a disculpar a estos apasionados. Ser víctima de una pasión política, sobre todo cuando, repito, la mirada de estos apasionados no abarca a todos los desdichados de la Tierra sino tan sólo a la mitad de ellos, es ciertamente una desgracia, y más aún en tiempos como los actuales, en que la parte defendida muestra ya, cotidiana y claramente, que es absolutamente indefendible. Opino, de verdad, que hay ya un nivel de angustia, digna de cierta compasión, en estos esforzados que llevan en los hombros una carga imposible de soportar para cualquier conciencia; en estos patéticos funámbulos que cruzan el alambre constantemente en riesgo de precipitarse al vacío, precisamente porque ese alambre es agitado por el bloque al que defienden de forma testaruda, haciéndoles difícil mantener un equilibrio ya precario. Esta pasión funámbula, esta pasión política, quizá disculpa, por lo menos en cierto modo, esa «paraplejía moral», esa «paralización del lado izquierdo» (las expresiones son de Jorge Edwards) con que tales apasionados descargan su desazón contra los espíritus independientes cuya ética es estereofónica porque se niega a seleccionar el terror, la explotación o la desgracia. Pero incluso aceptando que la pasión es un atenuante (como, ya lo dijimos, lo es también el exilio) no por ello deja de ser, muy a menudo, injusta. Y en estos tiempos últimos ha habido —y hay— dos pasiones políticas, una internacional (el comunismo, de obediencia soviética, o prochina o trotskista) y otra localizada (el peronismo, de ultraizquierda o de ultraderecha) que, obviamente, no pueden digerir al Sábato civil. Del fenómeno peronista, uno de los movimientos populistas más complejos de la historia política de los tiempos modernos, no es posible ya aquí hablar con extensión —si es que mucha extensión pudiera ser suficiente para poner en claro a este suceso histórico tan desgarrado, contradictorio, y tan escasamente comprensible—. Baste con señalar que en las filas del peronismo hubo sindicalistas de la extrema derecha; que hubo también, y simultáneamente, muchachos con ideas de extrema izquierda, de los que muchos se integraron a la guerrilla revolucionaria, y mataron, y fueron torturados y masacrados; y que, a la vez, en las filas del peronismo se integraron hombres y mujeres demócratas, respetuosos de la libertad de su pueblo: lo que pudiéramos llamar peronistas entre dos fuegos. Baste con recordar que el día en que Perón, desde su exilio de Madrid, regresó a Buenos Aires, el líder aterrizaba en un aeropuerto distinto al anunciado, mientras en el de Ezeiza, y ante el asombro y el horror de millones de ciudadanos que habían acudido desde todos los puntos del país para vitorear a su caudillo (quien con astucia, o premedita-

ción, o cobardía, quizá nunca se sepa, dio a todos esquinazo), los peronistas de derecha dispararon contra peronistas de izquierda, convirtiendo esa fiesta de recepción en una huerta macabra de centenares de cadáveres. Baste, en fin, con saber, que hace muy pocos meses, en una concentración política que congregó a miles de peronistas, hubo una especie de batalla campal entre ellos mismos, cuando el enemigo común era la dictadura militar. A esto es a lo que llamo las pasiones políticas. Supongo que son esas pasiones las que a veces empujan la lengua de algunos críticos de Sábato. Sábato para mí no es un dios. Es algo menos altisonante y más operativo: es un maestro. Y a todo maestro (es una de las cosas que ellos mismos enseñan) se le puede criticar y desobedecer. Lo que me llena de tristeza y, con frecuencia, de indignación, es que la crítica se transforme en insulto, o falsee al criticado: que la pasión política no tenga a veces contención al mirar la cara de los hombres. Recuerdo en este instante, y no voy a omitir el consignar ese recuerdo, un caso ilustrativo que sucedió hace años. Por los años sesenta, tras unos veinte de prisión en España por comunista, salió libre un viejo mexicano. Se llamaba Manuel de la Escalera. Lo conocí en Madrid, recién llegado él de la negrura de un encierro tan dilatado, en el que no faltaron, al principio, ni la condena a muerte ni el simulacro de la ejecución, ni, por supuesto, la tortura. Tenía debilitado todo el sistema digestivo y se hacía sus comidas en un hornillito de gas que la patrona le consentía tener en la pensión. Al poco tiempo de su libertad, su visión personal, directa, de la realidad política y social española comenzó a disentir de lo que establecían las consignas y el programa de su partido. El resultado de esta confrontación en la interpretación de la realidad española fue que la mayoría de sus camaradas le cerraron las puertas. Como si fuera un apestado. Enfermo y viejo, resolvió viajar a París a ganarse la vida. Le di unas direcciones. Entre ellas, la del poeta Carlos Edmundo de Ory. Al llegar a París, su peste (su independencia) ya le había precedido. Las puertas de sus camaradas de París estaban atrancadas por dentro. Sólo esa especie de chiquillo travieso y sabio que es Ory, sólo ese delicado y fraternal anarquista lírico, inofensivo y amoroso, le abrió su casa, su corazón, su risa. El le ayudó a encontrar algún trabajo con el que pudiera comer lo poco que comía y alimentar de gas su hornito. Manuel de la Escalera, en su lejana juventud, había luchado por la revolución en México; luego se vino a España a defender a la República; fue encarcelado, atormentado y casi destruido; salió libre, opinó y fue declarado apestado. A esto es a lo que llamo las pasiones políticas. Todo en la vida suele tener explicación

y hasta disculpa. Incluso las pasiones políticas. Pero es cierto también que en este mundo faltan muchísimos psiquiatras. Porque falta también muchísima mesura.

* * *

Voy a reproducir algunas desmesuras. Hace ya cinco años se publicó en una revista española (17) el ensayo de Sábato *Nuestro tiempo del desprecio,* al que aludimos más atrás. Dos disconformes reprocharon a la revista haber dado cabida a ese texto o, al menos, no haberlo acompañado con unos párrafos que desautorizasen su contenido, «desenmascarando» a su autor. Consiéntame el lector citar algunas frases sin mencionar a sus autores. Y no piense que eludo por desdén la consignación de esos nombres. Sencillamente, a estas alturas de este escrito ya me encuentro un poco cansado, un poco triste, al darme cuenta de que quizá no sirva de gran cosa, o que incluso no sirva para nada. Y esto me hace pensar (esto: el cansancio) que tal vez sea mejor no provocar una polémica que muy posiblemente no sirviese de nada (aunque, sin duda alguna, no la voy a eludir si se produce). Además, he hablado años después, hace muy poco, con uno de los autores de esa protesta doble (el más templado, creo; y no el menos injusto, creo). Hablé de aquella página con él. Me pareció dispuesto (diría: capacitado) a matizarla. Dialogamos, en fin, de manera tranquila. Quizá sea mi deber, al citar hoy aquí algo que él escribió hace ya cinco años, no provocarlo mencionando su nombre. El problema, por lo demás, no es tanto un problema de nombres cuanto de pasiones políticas. Pasiones que la Historia se obstina en erizar y en cuyo erizamiento unos se inscriben en un frente para sentir alivio contra el horror a la intemperie, y otros siguen en la intemperie para sentir alivio contra el horror de la parcialidad. Parciales, erizadas, y a veces insultantes, son las frases siguientes: «Respecto a [Sábato] es indignante ver cómo le conceden ¡diez páginas! para que se luzca con sus regurgitaciones políticas...» «Sábato —de cuyas virtudes literarias no dudo, pero que siempre ha sido oscurantista y metafísico en cuanto se acude al terrenal mundo de la lucha de clases— sino de quienes le conceden semejante despliegue gráfico...» Me abstengo de preguntar al justiciero si se refiere a las clases sometidas en cualquier lugar de la Tierra o si, con modestia, le duelen sólo unas poquitas clases. «No os dejéis ganar [prosigue, ahora con modestia menor, por lo menos verbal] por los cantos de sirena, refritos de pasatismo burgués adicio-

(17) *El viejo topo,* núm. 18, Barcelona, marzo 1978.

nados con bellos términos, de plumíferos al servicio del capital y de los entretenimientos ociosos de quienes no tienen nada que ganar y sí mucho que perder acudiendo a la profundización de los grandes temas que permitirán lograr una férrea unidad entre los oprimidos del mundo». Me abstengo, otra vez. Y después, el enojado, tras no dudar de las «virtudes literarias» de Sábato y llamarlo plumífero, agrega, concedamos que con poca finura y hasta con poca consecuencia, que Sábato es un «gilipoyas» y finalmente —quiero decir: ¡por fin!— se despide con «Un saludo revolucionario de un compañero hispanoargentino y lector consecuente». Vale. Con más sosegada sintaxis (quizá podría decirse: con un odio más autocensurado), el otro protector del buen nombre de la publicación («me preocupó encontrar en las páginas del Topo a Ernesto Sábato, confuso personaje...») resume medio siglo de la vida de Sábato con asombrosa capacidad de síntesis y de esta guisa o manera y en entrecomillado modo: «Sábato recorrió todo el trayecto del escritor liberal argentino: racionalista, existencialista, después PC, después pasó del antiperonismo exacerbado a los coqueteos conciliadores con el peronismo, para terminar acusando a las organizaciones revolucionarias de 'terroristas' y almorzando con Videla». Luego menciona a «cientos que se han exiliado y que no juegan a dos paños como Sábato: viviendo en Buenos Aires, apoyando el régimen [de Videla] y escribiendo en Barcelona, en el Viejo Topo». «Si leen atentamente verán que no denuncia nada, se limita a gestos lindantes constantemente con la metafísica (...) Es coherente que Sábato no admita que existe una violencia reaccionaria y otra de signo revolucionario [¿ah, si: es coherente?]; es coherente que siendo un metafísico y que almorzando con Videla...» «También podríamos contestarle a Sábato con argumentos filosóficos [a veces soy un descreído: lo dudo] demostrando el carácter eminentemente metafísico y en el fondo plagado de anticomunismo que destila su discurso. Pero no tengo tiempo. Mejor dicho, no tengo más tiempo para Sábato». En cambio, a mí me queda aún algo de tiempo. No mucho. El suficiente para algunas matizaciones: «Me preocupó encontrar en las páginas del Topo...»; esa preocupación revela a un antidemócrata: es la preocupación del censor. Sábato no fue racionalista (se le suele acusar de lo contrario): fue científico; abandonó la física por la literatura. Sí fue, en cambio, PC: ya hemos dicho por qué lo abandonó, y, sobre todo, cuándo. Sobre su antiperonismo «exacerbado», después añadiré unas líneas para mostrar que no hubo incoherencia en Sábato ante ese fenómeno político. Sobre los exiliados «que no juegan a dos paños»: es cierto: Sábato combate a *los dos* paños, al contrario que muchos

de sus críticos «exacerbados», que al apostar a un solo paño contribuyen a que algún que otro candoroso crea que este infierno de la guerra de bloques es una película de buenos y de malos y, en la contemplación de esa película, que falsea a la Historia, deje petrificarse a su moral. Sobre la distinción entre dos formas de violencia: cuando ambas son mortales, yo creo que lo más indicado es preguntar su opinión a las viudas. Que la violencia de Estado puede ser más abundante y más terrible que la otra, es cosa que el propio Sábato ha dicho por escrito, allí, en Argentina (18). Sobre el famoso «almuerzo con Videla»: nunca he sabido bien de qué le acusan; parece que de golpista o de gorila; tal vez, de no haberse hecho encarcelar o asesinar; lo primero es infame, lo segundo es algo que, al parecer, no es compartido por el pueblo argentino, que quiere conservarlo porque lo respeta y lo ama. Qué ocurriera de turbio, de punible, durante aquel almuerzo, es cosa difícil de saber, menos aún desde el exilio, y menos aún cuando ninguno de los cuatro asistestes (Sábato, Borges, el presidente de la SADE, Esteban Ratti, y el P. Leonardo Castellani) ha declarado nada de donde pueda deducirse que alguno de los cuatro fuese allí un malnacido. Lo que declaró el P. Castellani es que él, personalmente, interpeló a Videla sobre la situación del desaparecido Haroldo Conti. Lo que Sábato ha dicho es que acudió «ante Videla para protestar por la desaparición de Antonio Dibenedetto, entre otros tantos desaparecidos, y para denunciar la caza de brujas» (véase nota 2): con lo que el lector queda obligado a elegir entre la palabra de Sábato y la de quien no estuvo allí. El «carácter *eminentemente* metafísico» de Sábato: no sé si ha sido aplicada esa frase como descalificadora; en realidad, significa un elogio. En todo caso, en lo que atañe a Sábato, la palabra eminencia es congruente. Y en cuanto a su discurso, que destila un fondo «plagado de anticomunismo», ¿qué agregar en estas páginas que ya han tocado repetidamente este tema? Quizá una sola cosa: hasta ahora, he comentado —y apoyado— las críticas de Sábato a la URSS y sus criados, acudiendo tan sólo a razones morales, sociales y políticas; hay, además, razones que incumben a la ciencia y a la estética: «En el primer número de *Literatura Soviética,* el crítico Kemenov enjuicia el arte 'burgués' como un triunfo del misticismo, la subconsciencia y la paranoia, agregando: 'Pasarán los años y las generaciones venideras que, al estudiar la historia de la cultura en la época del imperialismo, tengan que trabar conocimiento con la

(18) Y aquí, en Madrid, elogia a «esta ejemplar democracia española que combate el terrorismo con los tribunales que caracterizan un sistema de derecho, lo que lamentablemente no ocurre en mi país». *(El País,* 10 de octubre de 1981).

obra de Picasso y Sartre, de Henry Moore, Joan Miró y otros por el estilo, invitará a un psiquíatra y no a un crítico de arte para que sistematice su producción. Pero hoy, para vergüenza de la humanidad, son aceptadas como grandes manifestaciones estas obras degeneradas de la pintura y la escultura. El arte soviético se desarrolla por el camino del realismo socialista, genialmente definido por J. Stalin. Y ha sido este camino el que ha permitido a los artistas soviéticos crear un arte avanzado, íntegro, socialista por su contenido, nacional por su forma, en la grandiosa época stalinista'» (19). Amén. Suponer mala fe a esta cita por provenir de la época stalinista, y no de hoy, no sería un argumento, ni siquiera una digresión, sino tan sólo una falacia. Las consignas estéticas siguen siendo las mismas. En cuanto a los psiquíatras estatales, que en los tiempos stalinistas parecían convidados a juzgar a Sartre y a Picasso, a Henry Moore y a Joan Miró y similares perturbados, sabemos a qué son destinados en la más preclara actualidad: a martirizar disidentes; a inventarle cobertura científica a la macabra tarea de bautizar y tratar como perturbación mental lo que es desobediencia, disidencia: en fin, oposición. Con respecto al stalinismo, en febrero de 1978 «seis mil personas, en su gran mayoría militares, aplaudieron calurosamente el nombre del 'camarada Stalin', al ser pronunciado por el mariscal Dimitri Ustinov, en el Palacio de Congresos del Kremlin (...). La televisión soviética transmitía en directo a todas las repúblicas esta celebración» (20). En la práctica, han cambiado poco las cosas. Hace muy poco más de un año, dirigentes comunistas italianos opinaron que «globalmente, la política exterior de la URSS y los países del Pacto de Varsovia no se distingue en nada de la política exterior de Estados Unidos y la OTAN»: la *Pravda* los llamó *blasfemos* (21). Con la Iglesia hemos dado, Sancho. ¿Cómo no habría de producir algún texto «plaga-

---

(19) *Apologías y rechazos*, pp. 150-51. En torno al perturbado Sartre, Sábato escribió, hace quince años, unas páginas que cuestionan algunos postulados del pensador francés. Era un cuestionamiento que significa un diálogo, no una descalificación. En ese trabajo («Sartre contra Sartre») escribe Sábato: «... aun antes de juzgar su tesis me inclino respetuosamente ante un hombre que no sólo constituye uno de los testimonios más representativos de nuestro tiempo por su lucidez, sino también por su coraje. Atacado e insultado por los comunistas cuando levantó su voz contra sus estupideces y sus atropellos, atacado e insultado por los anticomunistas cuando se ha pronunciado por los pueblos oprimidos, Sartre ha mostrado invariablemente su independencia de criterio y ha constituido un ejemplo de lo que debe ser un escritor: un testigo insobornable.» Reproduzco estas frases no sólo para enojar al fantasma de Kemevov, sino también porque, obviamente, tras servirle a Sábato para elogiar a Sartre, nos sirven a nosotros para dibujar un perfil del propio Sábato. El ensayo a que pertenecen puede ser leído en una antología llamada *Itinerario*, Editorial Sur, Buenos Aires, 1969, p. 245.

(20) *El País*, Madrid, 23 de febrero de 1978, p. 3. Firma la información, desde Moscú, Ismael López Muñoz.

(21) *El País*, Madrid, 26 de enero de 1982, p. 2. Informa Félix Bayón, desde Moscú.

do de anticomunismo» un artista como Sábato; alguien, en fin, dispuesto a sospechar que acaso es poco fino el desprecio del señor Kemenov, que en gloria esté, contra esos artistas que están en otra gloria, ésta de aquí, ésta que sirve al enriquecimiento de la conciencia humana? Picasso, Sartre, Moore, Miró... *Dios mío, qué borde que es la estupidez* y qué arrogante la ignorancia, cuán atrevida la mediocridad y qué babosas las consignas autoritarias. Sábato, como artista, no puede estar sino enfrentado a ese Poder tan nauseabundamente necio. Como científico, lo mismo: «El teorema de Pitágoras vale tanto para un "putrefacto" país ocidental como para una impecable sociedad soviética, y sería asombroso que se lo impugnase por las opiniones políticas de su autor. Sin embargo, así se hizo en la Alemania nazi, donde se impugnó la teoría de Einstein, como típica manifestación de la mentalidad judaica. Y así sucedió en la Rusia comunista cuando se proscribió la lógica matemática y la genética "burguesa", como si los genes pudiedan responder a los intereses de Wall Street. El profesor Zhebrak fue denunciado por *Pravda* (palabra que significa "verdad") por haber declarado a la revista *Science* que muchos genetistas rusos apoyaban la doctrina mendeliana. Con ansiosa urgencia, la Academia de Ciencias Agrarias Lenin envió la siguiente carta a Stalin: "Usted, querido Jefe y Maestro, ha ayudado a los sabios soviéticos a desarrollar nuestra avanzada ciencia materialista, que sirve al pueblo en todos sus trabajos y conquistas, una ciencia que expresa los ideales y los elevados propósitos del hombre de la nueva sociedad socialista". Al mismo tiempo la Academia expulsó al fisiólogo Orbelli y al morfólogo Schmalgauzen, liquidó el laboratorio de fitogenética y ordenó reescribir todos los textos de biología sobre la base de la doctrina oficial, doctrina que respondía a los postulados del materialismo dialéctico, pero que tenía un pequeño defecto: era científicamente falsa» (22). Es cierto: la ciencia soviética ha cambiado de táctica, ya admite las investigaciones «burguesas»: ¿cómo, si no, la URSS habría alcanzado a ser una de las dos más formidables y asquerosas potencias nucleares de la Tierra? También es cierto que algunos científicos (lo repito: ciertos psiquíatras) siguen deshonrando su oficio. Y por último: adviértase que estas frases de Sábato que acabo de citar, y en las que se denuncia también la náusea del nazismo, fueron publicadas en Argentina en un momento en que, como sabemos documentadamente, algunos nazis se ocupaban en una de sus predilectas tareas: la tortura; en un momento en el que ser judío significaba en Argentina un riesgo; defenderlos, también. En esas frases del Sábato científico concurren a la vez el artista y el

(22) Sábato, en *Apologías y rechazos*, pp. 151-52.

ser civil. Pero es que sucede una cosa tremendamente incómoda para esa variedad de semiapasionados por la justicia para la Humanidad partida por dos: que una moral que excluye de sus críticas a la mitad del sufrimiento y que se desentiende de las libertades en la mitad de los pueblos del mundo, no es ya media moral, sino ninguna. Para decirlo de un modo más preciso: nadie tiene derecho a ser considerado un combatiente de la libertad si no denuncia con igual furor el autoritarismo de la URSS que el autoritarismo gorila. La memoria es sagrada y sin memoria no existe la ética política. La memoria nos dice que el comunismo real no es aquel que soñaron tantos hombres honrados, sino ese monstruo que deglute las dignidades colectivas (en 1953, Alemania Oriental; en 1956, Hungría; en 1968, Checoslovaquia; en 1980, Afganistán; en 1981, Polonia...). La memoria nos dice que allí donde se ha impuesto el comunismo de obediencia soviética (salvo en China, Albania, Cambodia..., también dictaduras notables, no hay otro en el Poder) se ha apoltronado la dictadura (en la URSS, el *Gulag,* con millones de cadáveres anónimos; en Cuba, un paraíso del que miles y miles de cubanos huyen en una sola noche al cobijo de una Embajada; en Alemania, un muro prodigiosamente bautizado; en Vietnam, un infierno del que se huye por los mares afrontando tornados y piratas, sádicos y asesinos, no más temibles para miles de vietnamitas que el propio gobierno de su patria; y en general, un estado policíaco en todos los países del Pacto de Varsovia). La memoria nos dice que no escuchemos el murmullo de la nostalgia sino el fragor de la realidad, y que no basta hacer remilgos contra la persona de Stalin, como si éste no hubiera heredado un Estado policíaco de manos de Lenin, que luego fue «perfeccionado» y que, tras la muerte de Stalin, sólo cambió de formas. La memoria, la canosa y la joven, nos recomienda que trabajemos con la realidad y no con los ensueños de la fatiga o la mala conciencia. Y, finalmente, con los ojos abiertos, es preciso advertir que para ser un escritor moral es necesario ser antisoviético. Y más aún: que para tener el derecho de denunciar los desafueros del fascismo y aspirar a que esa denuncia sea creída por los hombres que ejercen o que añoran la libertad, es necesario ser antisoviético. Dijo Paul Valéry, en contexto distinto: «Lo peor de nuestro tiempo es que el futuro ya no es lo que era». Se trata de saber que es necesario procurarnos otro futuro. Que ese futuro está inventado: se llama democracia. Se trata de saber que o conseguimos entre todos multiplicar la democracia, preñarla de solidaridad, o puede ya no haber futuro, ni mediocre ni malo: puede ser tan horrible que equivalga a la nada. Se trata de saber que existe una moral que ya trabaja por una Internacional Democrática, que en las filas de esa Internacional forman hombres que con su

desesperación, su compasión y su coraje están desde hace años inseminando dignidad al futuro, y que uno de esos hombres se llama Ernesto Sábato.

* * *

Los conflictos de Sábato con ciertos peronistas: son los conflictos de un demócrata. Censuró la demagogia de Perón, su caudillismo autoritario, el uso del terror policial, las torturas, las restricciones a la libertad de la Prensa, la política universitaria, las connivencias de algunos sectores peronistas con el fascismo, la corrupción del peronismo de derecha. «En 1945 mataron a un estudiante en las calles de Buenos Aires. Junto con veintitantos profesores, protesté por el asesinato y fui exhonerado de mi cátedra. Dirigí entonces una nota pública al entonces ministro Benítez, diciéndole que no me asombraban los procedimientos nazis del gobierno —dados sus antecedentes— sino los errores de sintaxis, ya que el decreto emanaba del Ministerio de Instrucción Pública. Fui condenado a dos meses de prisión por desacato. Un año después el gobierno ofreció la reincorporación de los profesores expulsados. Muchos aceptaron ese acto de gracia, yo no. Durante diez años tuve que ejercer toda clase de oficios, no siempre intelectuales, para simplemente sobrevivir y para poder darme el lujo de una línea de conducta» (23). Es el Sábato universitario que recuerda «centros de investigación como aquel Instituto de Filología que en la década de 1940 realizaba trabajos ilustres y traducía la obra de Saussure, cuando aún faltaba un cuarto de siglo para que el estructuralismo conmoviera a los snobs», y protesta porque «el Instituto fue arrasado por Perón, por el mismo tiempo en que recibía alborozado a los jerarcas nazis que huían como ratas disfrazadas hacia nuestras playas, encabezados por un asesino llamado Eichmann» (24). «Yo no defendí nunca, ni tampoco defiendo ahora, la persona de Perón. Le recrimino, entre otras cosas, no haber estado a la altura de la histórica situación, de haber abandonado a su pueblo; de no haber tenido nunca el coraje que en cambio tuvo Evita Duarte; de haber carecido de grandeza; de haber cedido innumerables veces a la demagogia, que es al amor por el pueblo lo que la prostitución es al amor; de haber desarrollado una industria para el consumo y para satisfacer fáciles apetencias en lugar de haber creado, con sacrificios, las industrias de base; de haberse rodeado cada día más de obsecuentes y aprovechados, desechando a hombres independientes como Jauretche; de haber admitido la corruptela y el servilismo; de haber fomentado la persecución de los

(23) *Claves políticas*, pp. 65-66.
(24) *Apologías y rechazos*, p. 101.

hombres libres que, equivocados o no, tenían el coraje de expresar sus ideas en contra; y, en fin, de haber favorecido con entusiasmo la entrada de decenas y quizá de centenas de jerarcas nazis y de criminales de guerra como Eichmann, que fueron sus amigos personales después de haber torturado y asesinado a seis millones de judíos y a centenares de miles de demócratas. Es necesario que los muchachos de hoy, como vos, sepan estas verdades y no crean que todo fue justicia social» (25). Sí, desgraciadamente, el peronismo fue, también, un movimiento que encabezó Perón, y al que Perón abandonó («innoble huida» llama Sábato a ese abandono). Y, desgraciadamente, el Perón del exilio, a quien ingenuamente visitaban en Madrid los comisionados de las izquierdas peronistas suponiendo que lo tenían de su lado o que podían utilizarlo, tenía como secretario a López Rega, artífice de la ultraderechista Triple A. Cuando cayó Perón, en 1955, la *intelligentsia* antiperonista adoptó, por lo general, una posición ahistórica ante la complejidad de este fenómeno de masas, considerándolo tan sólo como una forma de patología social, sin profundizar en la deseperación social que pudo posibilitar la emergencia de un caudillo que era a la vez un demagogo (si es que no son la misma cosa, prácticamente siempre) y sin comprender, por lo tanto, la persistencia, la obstinación (la injusticia social, la pobreza, la humillación) de aquel movimiento populista. Ezequiel Martínez Estrada *(¿Qué es esto?)* y Ernesto Sábato *(La otra cara del peronismo)* se desmarcan de esa interpretación unilateral y semiabstracta, y explican por qué el peronismo no se disipa como una pesadilla sino que persiste como una realidad social. Sábato denuncia a quienes olvidaron «las inenarrables historias de jóvenes valientes como Felipe Vallese, que, después de la caída de Perón, sufrieron el tormento y la muerte sin que los intelectuales que tanto sufrieron por las persecuciones peronistas dijeran una sola palabra y ni siquiera solicitaran investigación y castigo: sería para ellos la única justificación de su antiperonismo, ética y filosóficamente hablando» (26). «...durante todo el régimen de Perón estuvimos en contra, como la mayor parte de los intelectuales. Luego se vio que había sido por motivos muy diferentes. Cuando cayó, me ofrecieron la revista *Mundo Argentino,* que durante varios meses hice con la colaboración de un grupo de jóvenes notables. Un día tuvimos noticias de que se estaba torturando a militantes peronistas. Entonces publicamos un documentado y minucioso trabajo de Da Mommio en que se daban nombres, lugares, datos precisos e incontestables. Y esa misma noche denuncié los hechos por Radio Nacional» (27). Fue

(25) *Claves políticas,* pp. 75-76.
(26) *Claves políticas,* p. 77.
(27) *Claves políticas,* pp. 74-75.

expulsado de la revista: «...cuando la revista *Mundo Argentino* denunció la existencia de torturas, el gobierno de Aramburu, que había llegado para restaurar las libertades, no destituyó a los policías culpables de ese crimen sino que hizo renunciar al director de la revista que las denunciaba: muestra típica de la hipocresía lingüística. Porque hay torturas perversas (si son aplicadas a liberales argentinos por policías peronistas o a ciudadanos franceses por miembros de la Gestapo) y hay torturas beneficiosas (si se les aplican a meros cabecitas negras por Defensores de la Libertad, o a simples argelinos por paracaidistas que actúan en virtud del Triple Principio de la Revolución Francesa); hay bombas atroces que caen en ciudades donde se habla el prestigioso inglés, y hay bombas democráticas que sirven para devastar ciudades japonesas» (28). Este es, en fin, y ha sido siempre Sábato. El mismo que protesta puntualmente contra los golpes militares en la Argentina de 1962, 1966 y 1976. El que siempre y en todo caso ha denunciado las torturas y la corrupción. El que en 1972 y 1973, cuando el peronismo vuelve a ser un confuso movimiento, y además una moda para muchos, reitera su posición favorable al proceso de dinamización social vivido por Argentina bajo el peronismo, defiende las reformas de la legislación laboral, pero a la vez insiste en recordar los abusos del régimen, su carácter autoritario y corrupto. Este ha sido Sábato siempre. Este es el Sábato de hoy. Y algo más grave para aquellos de sus críticos que no creen en la democracia: éste va a seguir siendo hasta su muerte, y éste seguirá siendo después, mucho tiempo después, cuando las generaciones futuras necesiten tener memoria de cómo fue vivir con dignidad. Es natural («tristemente natural» como diría Jorge Guillén) que el peronismo, vivido como pasión —revolucionaria o fascista—, y es natural que el comunismo, vivido como pasión prosoviética —más o menos velada— no puedan digerir a Sábato. Sábato es indigesto porque es también una pasión: la pasión de la democracia. La indigestión es natural porque, pasión por pasión, resulta que aquella que se acoraza de consignas dictatoriales no cuenta con más miembros que los que forman las nomenklaturas, en tanto que la pasión de Sábato es compartida, ejercida o esperada sedientamente por la casi totalidad de los seres humanos que pueblan esta Tierra. Lo que ocurre, en el fondo, a aquellos a quienes encoleriza la pasión moral de Sábato, es que saben o intuyen que todos los pueblos de la Tierra son mayores de edad, que no se dejan engañar por nadie —al menos de forma duradera— si no es por la violencia o la amenaza, y que antes o después lograrán elegir representantes por plazos limitados, al mis-

(28) *Claves políticas*, pp. 97-98.

mo tiempo que abolir los caudillos, los líderes a perpetuidad y los tiranos. Que, en fin, todos los pueblos de la Tierra llevan en su memoria colectiva y en su proyecto de dignidad civil la memorable frase que Alexis de Tocqueville escribiera hace ya más de un siglo y que aún mantiene una desesperada actualidad: «Habría amado la libertad, creo yo, en cualquier época, pero en los tiempos que vivimos me siento inclinado a adorarla.»

* * *

Libertad. Pero en todas partes. Luchar por ella en cualquier lugar de la Tierra pero sabiendo que es la Tierra entera quien la necesita y la espera. Saber que al hombre que merezca ser honrado con el nombre de libre no le importa tan sólo el crecimiento moral de su pueblo sino la epifanía moral de la especie a la que pertenece. Libertad para todos, contra todos los yugos: «Quiero que nuestros países hispanoamericanos, donde se encuentra una de las más abominables miserias del mundo, puedan liberarse de los dos imperialismos, para asegurarse un destino libre, una auténtica autodeterminación. Quiero democracia con libertad y justicia social» (29). A fines del año pasado, Sábato «señaló algo acerca de un manifiesto que se proponía redactar con Vargas Llosa y Octavio Paz sobre la necesidad que tiene Hispanoamérica de no someterse ni al imperialismo norteamericano ni al imperialismo soviético» (30). «Después de tantas esperanzas frustradas, las personas como yo queremos justicia social y libertad. No libertad sin justicia social, porque entonces es una libertad ilusoria para la inmensa mayoría; ni justicia social sin libertad, porque entonces la esclavitud económica es reemplazada por la esclavitud del buró político» (31). Libertad, pues, aquí, en la Tierra, para todos y ahora. O dicho de otro modo: la pasión de la democracia. «¡Basta! El único régimen compatible con la dignidad del hombre es la democracia.» *(Diario 16,* 9-V-1982.) Basta, pues. La intención de estas páginas era la de honrar y celebrar la larga marcha de un demócrata a lo ancho de su extensa vida por entre los barrancos de sucesivas tiranías. La intención de estas páginas era la de proclamar admiración y gratitud a un hombre profundamente preocupado por la desgracia múltiple del mundo, y sostenido por la energía de su corazón inexorable y mundialmente solidario. La intención de estas páginas era la de contribuir a que sepamos que en la palabra Sábato (una palabra inscrita ya en la historia del lenguaje mo-

(29) *Diario 16,* Madrid, 9 de mayo de 1982. Reportaje de Diego Mileo.
(30) *ABC.* Reportaje citado. Madrid, 14 de diciembre de 1982.
(31) *El País,* Madrid, 25 de julio de 1982. Reportaje de Angel Leyva.

ral) podemos y debemos reconocer a un testarudo esfuerzo que desde hace decenios empuja, con desesperación, con trabajo y ternura, con cólera y con llanto, la puerta tras la que empieza el porvenir. Las mujeres, los hombres, los ancianos, los niños, las multitudes de la Tierra, soñamos con un porvenir en que los héroes ya no sean necesarios y en que los mártires no sean más que el escalofrío de un pasado imperfecto y desventurado. Soñamos con un porvenir donde la dignidad y la sinceridad ya no merezcan el elogio de nadie, porque ya nadie carecerá de ellas. Soñamos con un porvenir que pueda prescindar de seres excepcionales y ejemplares, porque ya todos lo serán. Pero sabemos, a la vez con amargura y con alivio, que sin seres ejemplares y excepcionales del tamaño de Sábato, ese porvenir luminoso no llegaría jamás.

FELIX GRANDE

Alenza, 8, 5.º C
MADRID-3